

Larra, Luis Mariano de
Oros, copas, espadas
y bastos

OROS, COPAS, ESPADAS Y BASTOS.

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (3.ª edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1)
Sapos y culebras (1).
Una Virgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (2.ª edicion).
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (3.ª edicion).
La planta exótica. (2.ª edicion).
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (6.ª edicion.)
Los lazos de la familia. (4.ª edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (3.ª edicion.)
La agonía. (3.ª edicion.)
Flores y perlas. (4.ª edicion.)
Dios sobre todo. (2.ª ed.)
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural (2.ª edicion.)
La cosecha. (2.ª edicion.)
En brazos de la muerte.
¡Bienaventurados los que lloran! (5.ª edicion.)
El bien perdido. (2.ª ed.)
Oros, copas, espadas y bastos. (5.ª edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia.
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!
Los corazones de oro.
Tres piés al gato...
¡Risas y lágrimas!

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (M. de Oudrid.)
As en puerta. (M. de Oudrid.)
La perla negra. (M. de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (M. de Gaztambide.) (4.ª edicion.)
La conquista de Madrid. (M. de Gaztambide.) (3.ª edicion.)
Cadenas de oro. (M. de Arrieta.) (4).
Una revancha. (M. de Campo.)
La ínsula Barataria. (M. de Arrieta.)
Punto y aparte. (M. de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (M. de Rogel.) (2.ª ed.)
Los infiernos de Madrid. (M. de Rogel.)
La varita de virtudes. (M. de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (M. de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (M. de Marqués.)
Justos por pecadores. (M. de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (M. de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (M. de Caballero.)
El conde y el condenado. (M. de Rogel é Inzenga.) (5).
Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (4.ª edicion.)
La creacion refundida. (M. de Rogel.)
El barberillo de Lavapiés. (M. de Barbieri.) (9.ª edicion.)
La vuelta al mundo. (M. de Barbieri y Rogel.) (2.ª edicion.)
Chorizos y Polacos. (M. de Barbieri.)
Viaje á la luna. (M. de Rogel.)
Juan de Urbina. (M. de Barbieri.)
Los pajes del Rey. (M. de Oudrid.)
Las campanas de Carrion. (Música de Robert Planquette.)
La guerra santa. (M. de Arrieta.) (6).
El corpus de sangre. (M. de M. F. Caballero.)

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz. (2) Idem con D. Ventura de la Vega. (3) Idem con D. Narciso Serra. (4) Idem con D. Ramon de Navarrete. (5) Idem con D. Antonio García Gutierrez. (6) Idem con Don Enrique Perez Escrich.

OROS, COPAS, ESPADAS Y BASTOS,

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Representado en el Teatro del PRINCIPE el dia 23 de Diciembre de 1866.

QUINTA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
CÁRMEN	D.ª Felipa Diaz.
ROSA	Elisa Boldun.
DOÑA EDUVIGIS	Felipa Orgaz.
DON BLAS	D. Pedro Delgado.
DON LUIS	Antonio Zamora.
DON CASTO	José García.
DON JOSÉ	Gregorio Viana.
UN CRIADO	Diaz.

La accion se supone en Madrid y en nuestros dias.

Á LA SEÑORA

DOÑA MARIA OMERO DE OSSORIO,

en prueba de cariño y amistad,

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Doña Eduvigis; puerta al foro y laterales. muehles elegantes, pero no de gran lujo: butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA EDUVIGIS, CÁRMEN y ROSA.

La primera aparece en medio de la escena. teniendo á su derecha á Cármen de pie, y á su izquierda á Rosa, bordando en tapicería.

CARMEN. Y lo demas, madre mia,
es no tener dignidad.
EDUV. De esa manera es muy fácil
que te quedes sin casar.
CARMEN. ¿No es preferible mil veces
vivir sola en libertad,
á ser esclava, casándome,
de álguien que me trate mal?
EDUV. Si te casas con un bruto
que te pegue, claro está;
pero si eliges un hombre
que tenga buen natural
y te quiera y te contemple,
como mi difunto Juan,

por qué no casarte? Rosa,
qué te parece?

ROSA. (*Sin dejar de bordar ni levantar la cabeza.*)
Muy mal.

EDUV. Por qué?

ROSA. Porque la mujer
(*Con una entonacion de colegiala y mucha inocencia en lss frases de doble sentido.*)
vino al mundo nada más
que para buscar marido,
encontrarle, ir al altar,
tener niños y morirse
cuando ya no pueda más.

CARMEN. Esta es la tonta!

EDUV. Á lo ménos
habla con sinceridad.

CARMEN. Yo tambien; á mí me cargan
los hombres.

ROSA. (*Sin levantar la vista.*)
Pues ahí verás;
á mí como no me cargan...

EDUV. Vamos, Rosita, á bordar;
que si se te va la lengua...

ROSA. Pues claro que se me va.

CARMEN. (*Incomodada á Rosa.*)
Qué son los hombres?

ROSA. Lcs hombres?
Unos séres con gaban
y bigotes y reloj...

CARMEN. Qué hacen en el mundo?

ROSA. Amar
y querer á las mujeres;
y las mujeres están
para dejarse querer
sin poderlo remediar.

CARMEN. Qué te gusta en ellos?

ROSA. Todo!

EDUV. Hija!

ROSA. Para no pecar,
¿no me ha dicho usted que siempre
hay que decir la verdad?

EDUV. Sí, pero tan á las claras...

CARMEN. Eso sin duda será
que ya te ha flechado alguno.

ROSA. Ninguno me flecha, estás? (Incomodada.)

CARMEN. Pues cómo dices entónces?...

ROSA. Yo, porque es muy natural!
Cuando estaba en el colegio,
sor María de la Paz,
mi maestra, me decía:
«El hombre es un animal
(Con acento de terror)
venenoso, tiene uñas
muy largas: sólo en tragar
á las muchachas emplea:
no le escuches por piedad,
que la infeliz que los oye
ó los mira nada más,
en el momento se queda
hecha una estátua de sal.»
Salí de allí, y los miré,
y los oí, y ahí verás;
ni me arañan con las uñas,
ni me llegan á tragar,
ni me truecan en estátua;
y como los juzgan mal,
por eso me gustan todos...
y algunos me gustan más.

EDUY. ¡Bendita sea tu boca
y tu amena ingenuidad!
Bien se ve que eres mi hija,
lo mismo era tu mamá;
pero como es necesario
atender á la moral,
piensa así siempre, Rosita,
mas no lo digas jamás.

ROSA. Y he de hacer lo que mi hermana?
Maldecir y renegar
de los hombres?

ARMEN. (De mal humor.) Respetemos
el genio de cada cual;
tú dices que son magníficos,
yo no los puedo tragar;
á ti todos te convienen,

yo los desprecio á cual más;
sigamos nuestro camino
por el mundo, y al final
veremos cuál de las dos
ha conseguido acertar.

EDUV. Vamos por partes: tu padre,
que en gloria de Dios está,
fué tesorero de hacienda;
y como era natural,
arregló á par de la pública
la suya particular.
Nos dejó quince mil duros,
suficiente capital
para vivir con la renta
las tres, en amor y paz;
pero como hoy es preciso
comer caro y vestir más,
y los tiempos no están bien,
y los novios están mal;
era preciso entregaros
al yugo matrimonial,
dándoos á cada una en dote
cinco mil duros no más,
y guardando yo otros cinco
para no perjudicar
luégo á mis yernos con una
suegra de solemnidad.
Tú, que á los hombres detestas, (Á Cármen.)
me dabas en qué pensar:
ésta, á quien todos le gustan (Por Rosa.)
de mí hacía un azacan,
y mis planes destruíais
sin poderlo yo evitar,
una por carta de ménos
y otra por carta de más.
De repente á un tio vuestro,
propietario de Ceylan,
y á quien sólo conocíamos
de nombre treinta años há,
se le ocurre, por fortuna,
en el acto de testar,
que aquí en España tenía

varios sobrinos...

CARMEN. Mamá, (Interrumpiéndola.)
ya la historia conocemos,
conque no nos digas más.
Ignoraba el nacimiento
de mi hermana.

EDUV. Así es verdad.

CARMEN. Y me nombró por lo tanto
su heredera universal,
siempre que elija marido
en cuatro sobrinos más
que por parte de su madre
deben andar por acá.

EDUV. Como en ese testamento
todos sus nombres están,
conforme ordena la ley
hice al momento insertar
el anuncio en la *Gaceta*
y en el *Diario Oficial;*
y hoy veintidos de diciembre,
que espira el plazo fatal,
desde las doce á las dos
aquí se presentarán.
Cuatro son los pretendientes,
de ellos uno elegirás,
ó segun de tu buen tio
la postrera voluntad,
á la Inclusa de esta córte
irá la herencia á parar.

CARMEN. Cuidado que es fuerte empeño!
¿tengo yo necesidad
de ser más rica?

EDUV. Hija mia,
por mucho trigo...

CARMEN. Qué afan.
Y si ninguno me agrada?

EDDV. Apechuga, y Dios dirá.

ROSA. ¡Ella cuatro y yo ningun: (Afligida.)
adónde está la equidad!

EDUV. Basta ya de despropósitos,
lo que debes piensa y haz! (Á Cármen.)

CARMEN. Mamá, yo renuncio á todo.

ROSA. Al dinero bien está...
pero á los novios...

EDUV. Rosita!
adentro.

ROSA. (Levantándose.) Ya voy, mamá.

EDUV. Quédate tú. (Á Cármen.)

ROSA. (Ap. á Cármen.) (Mira, hermana,
con uno te has de quedar,
dame á mí los otros tres.)

EDUV. Niña! (Á Rosa.)

ROSA. Voy.

CARMEN. (Á Rosa con énfasis.) Se te darán.
(Rosa se va por la izquierda.)

ESCENA II.

DOÑA EDUVIGIS y CÁRMEN.

EDUV. Hijita, ya de hoy no pasa,
es necesario que hablemos
y de una vez terminemos
la comedia de mi casa.
Eres mi hija.

CARMEN. Es así.

EDUV. Jóven, hermosa...

CARMEN. Así es.

EDUV. Ves, cien hombres á tus piés
que mueren de amor por tí.
Cuál es tu proyecto loco?
Habla, pues, que ya te escucho:
¿es que te tienes en mucho,
ó es que los tienes en poco?
Es que quieres un galan
más escogido y mejor,
ó es que no sientes amor
por don Diego ni don Juan?
Es que aún en Madrid no has visto
quien mueva tu pecho fuerte,
ó es que pretendes hacerte
esposa de Jesucristo?
Sácame de esta ansiedad
que mi alegre vida altera,

y dime por vez primera,
hija mia, la verdad.

CARMEN. Bella, segun lo proclaman;
feliz, pues nunca suspiro,
insensible, pues no miro
si sufren los que me aman;
paso contenta mi vida
mientras goza independiente
mi corazon indolente
que á no sufrir me convida;
y entre adoradores mil
no tuercen mi natural
ni el adorno conyugal,
ni el atavío monjil.
Ni el amor mi pecho altera,
ni el altar con fe me llama;
ni infeliz quiero ser dama,
ni monja ser plañidera:
quiero ser libre y dichosa
y á vivir así me ajusto,
que torcería mi gusto
ser casada ó religiosa.
Odio la amante ansiedad,
su afan no me desconsuela,
y esta es, pues, aunque te duela,
la pura y franca verdad.

EDUV. Pero no conoces, dí,
que casarse es menester?
¿Ha nacido la mujer
para vivir sola así?
Te has llegado á figurar
que al darte Dios esa cara,
te ha hecho buena moza para...
comer, dormir y bordar?
Deja tan necio capricho,
y reflexiona si quieres,
que en la escala de los seres
no es soltero ningun bicho.

CARMEN. Pero es que los animales
son mejores que los hombres.

EDUV. Pues ya escampa!

CARMEN. No te asombres,

ellos todos son iguales;
se buscan y se comprenden;
viven sin dolo ni mengua;
como no hablan con su lengua
ni se engañan ni se venden.
Pero el hombre! Envanecido
de ser en todo el primero,
es muy malo de soltero
y es aún peor de marido.
Éste, busca otro querer,
aquel por oro se casa,
el uno, por todo pasa,
otro, pega á su mujer:
el de enfrente, es jugador,
el de al lado, pendenciero,
uno avaro, otro embustero,
otro necio, otro traidor.
Para qué me he de casar?
no es mejor vivir soltera.
si hombre como yo le quiera
no he de poderle encontrar!

EDUV. Y eres tú perfecta?

CARMEN. No;
pero esposa de un doncel,
no me aguantaría él
como me soporto yo...

EDUV. Si todas lo que tú hicieran,
los hombres se acabarían.

CARMEN. Con eso no nacerían
más mujeres que sufrieran.

EDUV. Y la herencia perderás?

CARMEN. Como ninguno me agrade.

EDUV. Cármen, harás que me enfade?

CARMEN. Yo no he de cambiar jamás.

EDUV. Conque no hay forma, ni modo?...

CARMEN. Qué quieres, así he nacido!

EDUV. Sin herencia y sin marido?...

CARMEN. Eso es lo mejor de todo.

EDUV. Todo es inútil?... ¡Señor! (*Mirando al cielo.*)
túque sabes acertar,
por la Vírgen del Pilar,
mándame aquí un seductor!

Un nuevo don Juan Tenorio,
que por mucho que me aflija,
haga pasar á mi hija
las penas del purgatorio.
Hasta que ella diga: ¡oh!
adoro á ese hombre cruel;
madre, cásame con él,
ántes que me case yo. (Váse por la izquierda.)

ESCENA III.

CÁRMEN.

CARMEN. Cuidado que es fuerte empeño
y súplica extravagante!
si yo no quiero á ninguno,
si yo estoy muy bien sin nadie,
¿por qué ese tenaz prurito
de que oiga á un hombre y me case?
Yo lo que es amor ignoro,
y á juzgar por las señales,
vamos, no vale la pena
de sentir, ni incomodarse.
Bien puede que llegue un dia...
dicen que la carne es frágil...
pero en tanto, esperaré
á que me lo avise álguien.

ESCENA IV.

CÁRMEN y D. LUIS por el foro.

LUIS. Muy buenos dias.
(Con el acento un poco andaluz, pero sin marcarlo demasiado.)
CARMEN. Quién es?
LUIS. Llamo á la puerta, me abren,
y como me dejan solo
y no me acompaña nadie,
á falta de quien me anuncie
tengo yo que presentarme.
CARMEN. Pero...

LUIS. Vive en esta casa
doña Eduvigis Valcárcel?

CARMEN. Sí, señor.

LUIS. (Sacando una Gaceta del bolsillo y leyendo en alta voz.)
«El veintidos
»de doce á dos de la tarde
»se presentarán sin falta
»para un asunto importante
»en la calle de la Luna,
»y frente al café del Ángel,
»en la misma casa del
»molino de chocolate,
»don Luis Contreras, yo soy,
»de Sevilla, comandante;
»don José Contreras, rico
»propietario de Getafe;
»don Casto idem, cosechero
»de Jerez y otros lugares,
»y Blas idem, residente
»en Logroño y comerciante.»
Como ya le he dicho á usted
yo soy el don Luis, y fácil
es comprender que he venido
con el anuncio á enterarme.

CARMEN. Muy bien, tome usted asiento.
(Se sientan. Pausa.)
Esa señora es mi madre.

LUIS. Pues tiene una hija de *órdago*.
(Mirándola fijamente.)

CARMEN. Muchas gracias. (Riéndose.)

LUIS. No la extrañe
mi franqueza.

CARMEN. Es cualidad
muy progia de militares.

LUIS. Le gustan á usted?

CARMEN. Á mí
no suele gustarme nadie. (Con desden.)

LUIS. Tiene usté el gusto difícil,
pero siga usted adelante.

CARMEN. Hasta que estén reunido
los que usted ha citado ántes,

del asunto que los llama
no podemos enterarles.

LUIS. Pues mire usted, yo me alegro.

CARMEN. Por qué?

LUIS. Porque en el instante
que lo sepamos, tendremos
que dejar estos umbrales
y verla á usted poco tiempo
es un castigo muy grande.

CARMEN. Usté es de caballería? (Con intencion.)

LUIS. Sí señora.

CARMEN. Así en el aire
se conoce! (Con ironía.)

LUIS. Muchas gracias.

CARMEN. Yo no he querido faltarle,
lo he dicho sin intencion.

LUIS. No piense usté que me enfade:
el servicio es una cosa
que se nos pega bastante.
Entre soldados y potros,
que no son desemejantes,
y la empajada y el pienso,
y la cuadra y el forraje,
pasamos toda la vida;
y dice el capitan Suarez,
que es de mi escuadron, y fué
de Carabineros reales,
que al buen soldado hay que olerle
desde una legua.

CARMEN. No extrañe
usted que yo le haya olido. (Sonriendo.)

LUIS. Niña, tiene usté un semblante
que si fuera de ordenanza!...

CARMEN. Por Dios!

LUIS. Se llama usted?

CARMEN. Cármen.

LUIS. Si no fuera militar
me hacía un hábito al instante.

CARMEN. Y estaba usted en Madrid?

LUIS. No, de guarnicion en Cádiz,
pero pedí al coronel
licencia; es sujeto amable,

y me la dió por diez dias;
salí anteayer por la tarde.

CARMEN. Es usted casado?

LUIS. Nunca! (Con rapidez.)

CARMEN. Tiene usted gracia! (Sonriendo.)

LUIS. (Con gravedad.) Bastante.

CARMEN. Y modestia! (Con ironía.)

LUIS. Esa era verde
y se la comió un bagaje.

CARMEN. (Ya metió la pata.)

LUIS. Conque
no puede usted enterarme,
así, por cima...

CARMEN. Es cuestion
de una hora ó dos.

LUIS. Que me place,
si está usted aquí conmigo
sola, hasta que yo me canse.

CARMEN. Dispense usté una pregunta...

LUIS. Las que usted quiera, usted mande.

CARMEN. No son ustedes hermanos?

LUIS. Los cuatro, pero ya hace
dos años que no los veo.

CARMEN. (Levantándose.)
Como tendrán que arreglarse
y estarán algo cansados
los que vengan de viaje,
hemos dispuesto una sala
con buena luz, limpia y grande,
para que puedan, si gustan,
descansar y cepillarse.

LUIS. (Levantándose tambien.)
Diga usté... eso del cepillo
es por mí?

CARMEN. No tal.

LUIS. No le hace:
en la boca de una hermosa
hasta los insultos placen.

CARMEN. Pues si usted me lo permite
voy á avisar á mi madre.
(Pasa delante de él.)

LUIS. Lo que es permitirlo, pero...

cuando no hay remedio... ¡qué aire!
qué cuerpo! qué movimientos!
qué mujer, Vírgen del Cármen!

CARMEN. Llamaba usted? (Volviéndose.)
LUIS. Yo no; era
á la Reina de los ángeles!
CARMEN. Don Luis... (Saludando.)
LUIS. Es usted casada?
CARMEN. Como usted, nunca.
LUIS. Bien hace
usted en dejarme solo,
porque ya iba mareándome.
(Haciendo con la mano señal de dar vueltas.)
CARMEN. Dé usted al revés las vueltas.
(Id. al contrario.)
LUIS. Bendita sea su madre
y esta casa, y hasta el
molino de chocolate!
CARMEN. Vaya, gracias! y hasta luégo.
(Qué elegancia y qué donaire!) (Con ironía.)
(Váse por la izquierda.)
LUIS. Qué mujer tan... positiva!
(Aludiendo á lo buena moza.)
y tan... Firme, comandante!

ESCENA V.

D. LUIS.

Yo no sé lo que será
este anuncio extravagante,
pero sea lo que quiera,
se debe hacer el viaje
sólo por ver á esa moza,
decirla agur y largarse.
Está bien puesta la casa,
y ella tiene así... Dios sabe
lo que será... este Madrid...
pues si quieren atraparme
chasco se llevan. Mas no,
los cuatro hermanos... ¡Qué me hace
mucha gracia esa mujer! (Al público.)

CASTO. Bien! (En el foro.)
CRIADO. Pase usted adelante.

ESCENA VI.

D. LUIS y D. CASTO, por el foro.

Este personaje debe ser sumamente grueso y colorado.

LUIS. Casto!
CASTO. Luis!
LUIS. Aprieta, hermano!
CASTO. Qué tal?
LUIS. Y tú?
CASTO. Del viaje
muy cansado.
LUIS. Te va bien?
CASTO. Tan alegre y tan campante.
LUIS. Y las bodegas?
CASTO. Revientan
de líquido.
LUIS. No se hace
buen negocio?
CASTO. Hoy, hijo mio,
hasta el vino se da al traste.
LUIS. Pues la aficion cunde mucho.
CASTO. Pero es á beberlo gratis;
y tú sigues?...
LUIS. El tres mil
del escalafon; algo ántes
del juicio final, saldré
de segundo comandante.
CASTO. Conoces ya pormenores
del asunto que nos trae?
LUIS. No sé más, sino que he visto
á una moza... exuberante:
que espera á que aquí los cuatro
estemos, y que su madre
es la encargada de darnos
explicaciones bastantes.
CASTO. Blas y José vendrán juntos!
LUIS. Si vieras á doña Cármen!...

CASTO. Quién es?
LUIS. Esa buena moza
que vive aquí.
CASTO. Tú ya sabes
que mi genio es encogido,
y que en viendo un miriñaque,
me quedo mudo de tímido
y encogido de cobarde.
LUIS. Yo creí que con los años
variarías de carácter.
CASTO. Las mujeres me producen
un efecto inexplicable.
LUIS. Pero cómo te gobiernas?...
CASTO. Cuando me veo en un lance
terrible, de este frasquito,
(Sacando una botella pequeña del bolsillo del pecho.)
que medio cuartillo hace,
y donde se encierra un mosto
de cincuenta navidades,
sorbo tras sorbo me atizo;
hace el efecto al instante,
y más valiente que el Cid,
más feroz que Calomarde,
hablo, rio, canto, abrazo
y pego, si hay quien me enfade.
LUIS. Gran licor! (Rosita por la izquierda.)
ROSA. Dos caballeros!

ESCENA VII.

D. LUIS, CASTO y ROSA.

LUIS. Otra mujer!
CASTO. Hola!
LUIS. Diantre!
aquí todas son bonitas.
ROSA. Señores... (Saludando.)
LUIS. Cara de ángel,
quién es usted?
ROSA. Hija de
doña Eduvigis Valcárcel.

Luis. Y hermana por consiguiente
de la encantadora Cármen?

Rosa. Justo.

Luis. Vamos! ya el anuncio
comprensible se me hace;
son ustedes cuatro hermanas,
divinas por las señales,
y á cuatro hermanos convocan
para uncirles al carruaje
del himeneo.

Rosa. No somos
más que dos.

Luis. Pues ya dió al traste
con mis cálculos.

Rosa. Mi hermana,
que cumplirá veinte el martes,
y yo, que cumplí quince años
el domingo por la tarde.

Luis. Quince años? Pues sabe usted
que á juzgar por las señales
están aprovechaditos?

Rosa. Sí señor. (Con gran sencillez siempre.)

Luis. Cómo?

Rosa. Mi madre
me dice siempre que estoy
ya desarrollada en grande.

Casto. Creo que opino lo mismo.

Luis. Vamos! la verdad, no hay nadíe
que la haya hecho á usted tilin?

Rosa. Tilin?... todos me le hacen.

Luis. Demonio!

Rosa. Pero tilin,
como usted ve, no es bastante!

Luis. Sí, en no llegando á talan
(Imitando á las campanas.)
nunca podrá usted casarse.

Rosa. Justo! y como las mujeres
no tienen otros afanes,
yo ya tengo mucha prisa
de ir haciendo gracia á álguien.

Luis. Pues si no es más que eso, á mí
me la hace usted.

ROSA. Que me place!
Y nos casaremos pronto?
CASTO. (Pues la chica tiene arranque.)
LUIS. Su edad de usted la disculpa
de esa ingenuidad culpable.
ROSA. He dicho alguna mentira?
LUIS. No! pero hablar de casarse...
en fin, eso no se dice.
ROSA. Ya, pero como se hace!
LUIS. Y tiene razon. Mi hermano
Casto, que es un hombre grave,
la explicará á usted despacio...
CASTO. Hombre, yo!
ROSA. Más gracia me hace
usted; pero este tampoco
me disgusta.
LUIS. (Era muy fácil
con una chiquilla así
que el demonio la enredase!)
ROSA. Vaya! dígame usted algo. (Á D. Casto.)
CASTO. Hace frio.
ROSA. Sí le hace;
pero eso á mí no me importa.

ESCENA VIII.

DICHOS, CÁRMEN y DOÑA EDUVIGIS, por la izquierda.

EDUV. Aquí está: niña, qué haces?
ROSA. Hablar con estos señores.
LUIS. Mira qué moza! (Á Casto, señalando á Cármen.)
CARMEN. (Á D. Luis y á D. Casto.) Mi madre!
LUIS. Señora mia! (Saludando á Doña Eduvigis.)
EDUV. Aquí, Rosa!
LUIS. Ya sabrá usted que nos trae
este anuncio. (Sacando la Gaceta.)
EDUV. Sí señor.
Como creo que no falten
sus otros hermanos...
CASTO. Juzgo
que vendrán, porque aún no es tarde.
EDUV. Dispensen ustedes dos

si para no hacer en balde
una relacion, espero
á que reunidos se hallen.

LUIS. Hace usted bien.

EDUV. Usted es?

LUIS. Luis Contreras, comandante.

EDUV. Y el señor?

LUIS. Mi hermano Casto.

EDUV. Faltan, pues?

LUIS. El de Getafe,
que es Pepe, y el de Logroño,
Blas.

EDUV. El que de ustedes se halle
casado, no tiene nada
qué hacer aquí.

LUIS. Ya! qué diantre!
se trata de boda.

EDUV. Alguno
no es soltero?

LUIS. Dios mediante
creo que los somos todos.

EDUV. Será más reñido el lance.

LUIS. Usted es viuda?

EDUV. Con estas
dos hijas.

LUIS. Que son dos ángeles:
la una, como á mí me gustan,
la otra, como á mí me placen;
y las dos, como las mandan
á enfermos de mi linaje.

EDUV. No son feas, francamente.

LUIS. Ya lo saben ellas.

EDUV. Y hace
mucho que han venido ustedes?

LUIS. Media hora escasa.

ROSA. Á esta parte
estarán mejor.

EDUV. Rosita!

ROSA. Ya estoy. (Bajando los ojos.)

LUIS. Venturosa madre
es usted.

EDUV. Yo?

LUIS. Con retoños
así...
EDUV. Es usted muy amable.
BLAS. Bueno! ya vemos la puerta. (En el foro.)
LUIS. Ellos son!
EDUV. Borda y no alces
la cabeza. (Á Rosa.)
LUIS y CASTO. Blas! (Abrazándose.)
BLAS. Luisillo!
LUIS y CASTO. Pepe! (Abrazándose todos.)
BLAS. Casto!
EDUV. (Vaya un lance!)

ESCENA IX.

DOÑA EDUVIGIS, CÁRMEN, ROSA, D. LUIS, D. BLAS, D. CASTO y D. JOSÉ.

BLAS. Hola, felices!
(Con el acento aragonés, aunque no demasiado fuerte ni cerrado.)
JOSE. Señoras!
(Vestido con gran elegancia; cadena, sortijas etc., etc.)
BLAS. Ahora mismo hemos llegado.
JOSE. Perdonen si en este estado...
pero se marcan las horas
en el Diario oficial,
y son cerca de las dos.
EDUV. Si están ustedes, por Dios!
muy bien.
BLAS. Pues! no estamos mal;
pero este es un lechugino (Por D. José.)
y pasar por ordinario...
Como yo soy al contrario,
el pan, pan, y el vino vino!
CARMEN. Qué cuatro tipos! (Á Rosa.)
ROSA. Pues son
los cuatro á cual vale más. (Á Cármen.)
BLAS. Ya la charla está de más,
con que al avío!

EDUV. Atencion!

(Se levanta y saca unos papeles de un secreter.)

CARMEN. (Á Rosa, señalando á D. Blas.)
(Ni siquiera ha reparado
en nosotras el grosero!)

LUIS. (Á D. Blas señalando á Cármen.)
Mira aquel rostro hechicero!

BLAS. (Sentado y sin volver la cabeza.)
Estoy mejor á este lado.

EDUV. (Volviendo y sentándose en medio.)
Voy á leer un momento.
«En el nombre del Señor, (Leyendo.)
»yo cristiano pecador...»

BLAS. Otra!

LUIS. Y qué es?

EDUV. Un testamento.
Paso el preámbulo.

JOSE. Bien.

EDUV. (Leyendo.) «Y digo yo: Don Remigio Valcár»cel y Contreras, que teniendo en España »una sobrina llamada Cármen, hija de mi »prima doña Eduvigis, la nombro heredera »universal de todos mis bienes que ascien»den á más de dos millones...»

CASTO. Cuerno!

LUIS. Sopla!

BLAS. Chúpate esa!

EDUV. (Leyendo.) «Con la condicion precisa de que »convoque á cuatro sobrinos que por parte »de mi madre doña Juana Contreras existen »tambien en España, y cuyos nombres van »al final de este documento...»

LUIS. Conque esa es mi prima?

(Levantándose y queriendo abrazar á Cármen.)

EDUV. Esa!

LUIS. Prima!

EDUV. Quieto! (Deteniéndole.)

ROSA. Y yo tambien!

EDUV. (Leyendo.) «Y elija entre los que estén solte»ros, el que más le agrade para hacerle su »marido y partir con él en amor y compa»ñía mi fortuna...»

LUIS. Aquí estoy yo!
BLAS. Otra! te callas?
EDUV. (Leyendo.) «Bien entendido que si Cármen y »sus primos estuviesen ya casados, ó por »cualquier causa no se verificára el matri- »monio que deseo en el plazo de seis meses »despues de mi muerte, pasará la herencia »íntegra á la Inclusa de Madrid. Firmado »en él, etc., etc.»
Cumpliendo con lo mandado
á ustedes he convocado.
BLAS. Pues el lance tiene agallas!
EDUV. Esta es la favorecida; (Señalando á Cármen.)
yo su amiga y su parienta,
y á conquistar esa renta
esta casa les convida.
Y como en la suya están
mientras no quieran partir,
no tengo más que decir,
ustedes contestarán.
LUIS. Yo!...
BLAS. Como hermano mayor
me toca hablar el primero:
yo vivir aquí no quiero.
EDUV. Pues agradezco el favor.
BLAS. Si usté á alguno ha de escoger (Á Cármen.)
ha de ser por carambola,
conque así ruede la bola,
señoras, hasta más ver. (Levantándose.)
CARMEN. Permita usted.
BLAS. Ya permito.
CARMEN. Yo, que soy la interesada
aún no les he dicho nada,
y hablar algo necesito.
BLAS. Eso está puesto en razon.
LUIS. Bendita sea tu boca!
JOSE. Ciertamente á usted la toca.
EDUV. Órden!
CASTO. Silencio!
LUIS. Atencion!
CARMEN. (Levantándose.)
No sé por qué causa,

pero es la verdad,
que no me han gustado
los hombres jamás.
De niña tenía
un miedo cerval,
cuando algun barbudo
besaba mi faz;
y esta antipatía
creció más y más,
cuando fuí creciendo
en juicio y edad.
Jamás he tenido
ni pena, ni afan,
por si me querían
con sinceridad,
y á todos he oido
sentir y jurar,
sin dárseme un bledo
de amor ni amistad.
Si voy á la calle
no quiero mirar,
por si un barbilindo
me sigue detrás:
si voy á los bailes,
renuncio á bailar,
porque no me toque
un hijo de Adan;
si juran que me aman
los dejo jurar;
si flores me dicen,
á mí me es me igual,
y de esta manera
mi pecho se está
sin penas, ni llantos,
tranquilo y en paz.
Si alguno de ustedes
no logra curar
de mi indiferencia
la causa mortal:
sí de ustedes cuatro
uno nada más,
no arranca á mis labios

el sí conyugal,
renunció á la herencia
con facilidad,
que yo sin amor
no me he de casar.
Ya están enterados,
(Con rapidez creciente para concluir.)
ya no hay que hablar más,
he dicho, señores,
me vuelvo á sentar.

LUIS y JOSÉ. Bien!

CASTO. Bravo!

LUIS. Tiene razon.

BLAS. Quietos! ahora á mí me toca.
Esa mujer está loca. (De pronto.)

TODOS. Cómo!

EDUV. y CARMEN. Qué?

BLAS. Sin remision!
yo de perfiles no entiendo,
y siempre la verdad digo
sin amante y sin amigo,
con la cara que estoy viendo,
es una barbaridad,
y de mi opinion no salgo:
ó á esa niña la falta algo,
ó no dice la verdad.

CARMEN. Pues yo le juro que es cierto!

EDUV. Ustedes lo verán pronto.

BLAS. Pues hace usté un papel tonto
aquí, váyase á un desierto.

CARMEN. Yo estoy en mi casa.

BLAS. Sí;
y estará usted divertida
si pasa siempre la vida
solita como hasta aquí.
Ahora el espejo acompaña,
los moños dan alegría,
y se está usted todo el dia
mirando la musaraña.
Mas se morirá su madre,
su hermana se casará,
la cara se arrugará...

CARMEN. Eso...
BLAS. Y aunque no la cuadre
saldrá la pata de gallo,
luégo canas á montones,
sentirá usted desazones
y otras cosas que me callo,
y dirá usted, ¿qué he hecho yo
de mi juventud entera?
y entónces aunque usted quiera
vendrá un hombre, y dirá *no*!
CARMEN. Todo eso bien podrá ser,
pero aquí es otro el asunto.
BLAS. Pues á ese me voy al punto:
vamos, es usted mujer?
CARMEN. Creo que á la vista está.
BLAS. No, porque si no lo fuera
aunque un hombre se volviera
veinte, nada podría hacer.
Su madre de usté asegura
que es usted del sexo bello;
por vosotros hablo, á ello,
vamos á ponerla en cura.
CARMEN. Tiene gracia.
EDUV. Y buen humor.
BLAS. Usted se deja querer,
que despues, Dios sabrá hacer
como siempre lo mejor.
TODOS. Aprobado!
BLAS. (Á Cármen.) Á mí hasta ahora
me importa usted un comino;
puede que andando el camino
me haga usted gracia, señora;
pero mujer sin amor
me da á mí muy mala espina.
LUIS. Pues, hijo, á mí me fascina.
BLAS. Entónces tú estás peor.
CASTO. Yo la creo encantadora.
JOSE. No deja de hacerme chiste.
BLAS. Quién á cuatro se resiste?
Y usted? (Á Rosa.)
ROSA. (Ya llegó mi hora.)
BLAS. Es muda esta niña?

ROSA. No;
pero me mandan callar
siempre que pretendo hablar.
EDUV. Rosa!
ROSA. Nunca miento yo.
BLAS. Bien hecho; no es necesario,
la verdad siempre engalana.
Y es usted como su hermana?
ROSA. No señor; todo al contrario.
TODOS. Ah!
EDUV. Rosa!
BLAS. Señora tia,
déjela usted, por favor.
LUIS. La gusta á usted el amor?
ROSA. No lo tengo todavía;
pero no haré de seguro
más que amar á boca llena,
si es una cosa tan buena
como yo me la figuro.
LUIS. Esto es hablar! mil caballos!
BLAS. Hijos. aquí no hay escollos.
La gustan á usted los pollos?
ROSA. Si tal; y tambien los gallos.
EDUV. Basta, y déjenla de apuros; (Separándolos.)
por ella aquí nadie viene,
es muy niña, y sólo tiene
de dote cinco mil duros.
LUIS. Era hacer conocimiento...
CRIADO. (En el foro.)
El almuerzo está esperando.
EDUV. Sobrinos, vamos andando.
LUIS. Muy bien pensado!
BLAS. Al momento.
Para hablar de nuestra empresa
y darnos á conocer,
es preferible, á mi ver,
hacerlo de sobremesa.
CASTO. Claro.
LUIS. (Á Cármen ofreciéndole el brazo.)
Prima!
CASTO. (Mirando á todos.) Sobra uno.
BLAS. Ese soy yo desde ahora.

JOSE. Rosita, el brazo. (Ella le coge.)
CASTO. (Á Doña Eduvigis.) Señora...
CARMEN. (Sin admitir el brazo de D. Luis.)
No se moleste ninguno,
BLAS. Vamos á correr bromazos.
EDUV. (Colocándole en medio de D. Casto y D. Luis.)
Entónces...
LUIS. Como usted mande.
ROSA. (Cogiéndose del brazo de D. Blas y D. José.)
¡Ay que lástima tan grande
no tener más que dos brazos!
BLAS. En marcha.
EDUV. En marcha, señores.
CARMEN. ¡Toda la familia está!
LUIS. Usted va sola?... así va
el cabo de gastadores.
EDUV. (Á D. Blas, señalando al público.)
No quiere usted invitar?...
BLAS. Ustedes gustan? (Al público.)
CASTO. (Desde el centro.) Qué hacemos?
BLAS. (Al público.)
Pues no marcharse, volvemos
acabando de almorzar.
(Todos se dirigen al foro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA EDUVIGIS colocada á la izquierda en medio de CÁRMEN y ROSA. Á la derecha D. BLAS, D. LUIS, D. JOSÉ y D. CASTO, todos sentados (1).

EDUV. Ya se almorzó.
BLAS. Y mucho bien!
EDUV. Es hora por consiguiente
de continuar la sesion
de una manera solemne.
BLAS. Decía yo que es forzoso,
pues hay cuatro pretendientes,
y es corto el plazo del tio,
conocer los caractéres.
(Á Doña Eduvigis.)
Usted es una señora
muy campechana y alegre,
sin nada que la distinga

(1) El órden de colocacion de los personajes es el siguiente, empezando á contar por la derecha del actor. D. Blas, Don Casto, D. José, D. Luis, Rosa, Doña Eduvigis y Cármen.

en especial de la plebe.
Quiere casar á sus hijas,
que es lo que más la conviene,
y es de un carácter ambigüo
que ningun peligro tiene.
Cármen es vanidosilla,
de genio atrevido y fuerte,
muy pagada de sí propia
y con el alma de nieve.
Odia al hombre por capricho,
y equivocándose, cree
que si hoy no los necesita,
lo mismo opinará siempre.
La halaga, aunque se lo calla,
que la elogien y la obsequien,
y como es tan buena moza
y tan lindos ojos tiene,
piensa con desden inmenso
que todo se lo merece.
Rosita en sus quince abriles
mentir no sabe, ni puede;
y así con los ojos bajos
y sus colegiales dengues,
siente todo lo que dice,
y no sabe lo que siente.
Tiene aficion como todas
al sexo atrevido y fuerte,
sino que otras disimulan
y ella ocultarlo no quiere.
Esas son las circunstancias
de las señoras presentes,
estos de mi tia y prima
los exactos caractéres;
y como es justo que sepan
á qué deben atenerse,
nos toca á nosotros cuatro
con franqueza independiente
retratar de nuestro genio
las cualidades salientes.
Cármen verá de ese modo
el que aquí más le conviene,
y á quien Dios se la conceda

que San Pedro se la entregue.
CARMEN. Muy bien, primo mio, aunque
la pintura es algo fuerte,
acepto su plan gustosa:
el que ha de empezar que empiece.
JOSE. Irá por órden de edades?
BLAS. Eso no importa; habla, Pepe,
y el que la verdad no diga
que con mis enmiendas cuente.
JOSE. (Levantándose.)
Yo, señoras mias,
(Con petulancia, y animándose sólo al hablar de dinero.)
las debo decir
que tengo mis gustos
desde que nací.
Los sueños poéticos
del vate infeliz,
á mí no me importan
un grano de anís.
He visto que el mundo,
codicioso y ruin,
sólo tras el oro
avanza febril.
He visto que al pobre
le toca sufrir,
aun siendo más sabio
que el mismo Merlin;
y ahorcando los libros
con gozo infantil,
corrí tras las onzas
de aquí para allí.
Metíme en empresas
y siempre feliz,
donde un duro expuse
ganar supe mil.
Ni honores envidio,
ni ciencia hay en mí,
ni á puestos altísimos
anhelo subir;
y sólo ambiciono
y es mi único fin,

tener más millones
que tiene Rostchild.
La ciencia y las artes
me causan esplin,
pues yo sé tan sólo
sumar y partir.
Pues oros son triunfos
en este país,
yo creo que el hombre
sólo ha de pedir
dinero, dinero,
dinero, dinero,
dinero, dinero
si quiere vivir. (Se sienta.)

BLAS. Con exactitud magnífica
te has pintado como eres;
el infierno que te aguante,
y el demonio que te lleve!
Ahí tiene usted, Carmencita,
á su primer pretendiente:
«oros son triunfos,» mas claro,
«tanto vales cuanto tienes.»
Casto!

CARMEN. (Qué nombre tan pulcro!)

ROSA. (Y está de buen año.) (Mirándole de reojo.)

EDUV. Empiece.

CASTO. (Levantándose.)
Yo soy un jóven muy tímido,
(Marcando los esdrújulos cómicamente.)
y como me falta cháchara,
en este mundo misérrimo
no quiero gastar farándula.
La naturaleza próvida
me dió suficiente táctica,
para que pueda mi estómago
en sus regiones magnánimas
depositar sin escrúpulo
unas cantidades bárbaras.
Soy un cosechero práctico
y paso mi vida mágica,
metiendo en este depósito
(Señalando al vientre.)

de mis bodegas las cántaras,
y admirador de Heliogábalo,
nunca me acojo á más cábalas
que á comer jamones máximos (Con regodeo.)
y á remojarlos con Málaga.
Cuando en amante canícula
veo á una jóven simpática,
sólo me vuelvo impertérrito
haciendo dos ó tres gárgaras;
(Saca el frasco del bolsillo.)
y entónces, aunque soy tímido
y no entiendo la gramática,
hablo como un energúmeno
y conquisto como un sátrapa.
Es mi carácter angélico,
es mi voluntad elástica,
y nada me importa un rábano
como cumpla mi pregmática.
El mundo es un cuadrilátero,
donde en proporcion fantástica,
hay alimentos olímpicos
y bodegas aromáticas.
Yo estoy como Sardanápalo
en la mitad topográfica,
y sin meterme en análisis
ni en reflexiones dogmáticas,
cuanto ven mis ojos rápidos
lo meto en la Santa Bárbara.
Este es mi gusto y mi género,
esta mi fibra flemática,
y ya acabé sin escrúpulo
mi pintura biográfica. (Se sienta.)

BLAS. Qué vida tan suculenta!
pues lo mismo ha sido siempre:
ahí tiene usted un marido
que como comer le dejen
se llevará con su esposa
querida, perfectamente.
Gastrónomo infatigable
y bebedor de los fuertes,
del mundo ha hecho una bodega
y de la tierra un pesebre.

Se le irá acortando el cuello,
será... lo que Dios quisiere,
y reventará de un cólico
cuando ménos se lo piense.

CARMEN. Los retratos son exactos.

EDUV. (Qué par!)

BLAS. Luisito!

LUIS. (Levantándose.) Presente!
Las armas son mis únicos antojos,
(Con entonacion valiente.)
el servicio mi sola fantasía,
y hacerme mal soldado no podría
ni una mujer de encantadores ojos.
Mi fortuna, mi amor, mis ilusiones,
en la cruz las encierro de mi espada,
y al lado de mis bravos escuadrones
el oro y el poder no valen nada.
Siempre fiel á mi mágica bandera,
en ella están mis ilusiones solas,
que ella sabe llevar por donde quiera
las magníficas glorias españolas.
No es la constancia mi virtud querida
ni quiero á una mujer en grata calma;
si á una llego á querer más que á mi vida,
á otras las sé adorar con vida y alma.
La rubia para mí no tiene pero;
la morena me roba los sentidos;
por la andaluza sin cesar me muero,
y por la de Madrid me dan vahidos.
Alta me gusta, baja me enamora,
flaca me da placer, gorda me encanta;
me muero por la triste, cuando llora,
me muero por la alegre, cuando canta.
Mi espada y la mujer son las dos cosas
con las que toda mi existencia lleno;
esas son para mí dulces y hermosas
más que la fruta del cercado ajeno.
Ni me ciegan el oro y los honores,
ni el juego, ni el licor me desesperan,
soy feliz si hay contrarios reñidores,
y labios hechiceros que me quieran.
Alegre mi ambicion en esto calla,

y en mi aficcion siguiendo poderosa,
morir quiero en un campo de batalla,
ó en los amantes brazos de una hermosa.
(Se sienta.)

CARMEN. Pues no hay duda que será
feliz quien su nombre lleve!

BLAS. Has hablado como un libro
y tu gusto es excelente:
ahora entro yo, Blas Contreras,
con el permiso de ustedes. (Se levanta.)
Yo soy un riojano
sin vicio alguno,
y ni amo, ni juego,
bebo, ni fumo.
Y el tiempo paso
comiendo lo que tengo
muy descansado.
Pero como es forzoso
que aquí en la tierra
tenga un defecto el hombre
que le entretenga,
yo tengo uno
que me hace andar al *trompis*
muy á menudo.
De todo cuanto siento
nada me callo,
y digo á todo el mundo
lo bueno y malo;
y de este modo,
como á nadie doy gusto
riño con todos.
Que una vieja se pinte
y á mí se acerque,
hago notar á todos
el colorete.
Yo nunca finjo
y digo al mundo entero
cuántas son cinco.
Cuando me gusta un hombre
y soy su amigo,
por defender su causa
con todos riño.

Por el contrario,
cuando un hombre me apesta,
le pego un palo.
Me revientan las farsas
del mundo fino,
odio las ceremonias
y los cumplidos.
Firme en mi tema,
los guantes me dan ira
y el frac me apesta.
No sufro ancas de nadie,
y al más pintado,
al guiño más pequeño
le rompo el cráneo.
De esta manera
apenas paso un dia
sin pelotera.
Dicen, sin que yo lo oiga,
que soy un bruto,
pero al ver una lástima
no soy de estuco.
Y el mes de Enero
por vestir á un mendigo
me quedé en cueros.
Si usté á gustarme llega, (Á Cármen.)
lo diré claro;
y si usted no me gusta
yo no me caso;
que este negocio
aun haciéndose á gusto
suele ser gordo.
Ahora, si nos queremos
y nos casamos,
mire usted muy bien ántes
lo que hace al caso;
porque en mi casa
ni entran primos, ni amigos;
conmigo basta.
No haya aquello de «un jóven
que me ha salvado!»
ni aquello de «mi alma
busca otro espacio;»

porque aquel dia
le rompo á usted el bautismo,
señora mia.
Este soy, este he sido,
y este me encuentro;
quiero quedar muy pronto
afuera ó dentro:
Y más no canso,
si os agradó al discurso,
venga el aplauso. (Se sienta.)

CARMEN. Creo que es muy natural
que yo conteste tambien:
todos se pintan muy bien,
y me parecen muy mal.
Si ántes hombres no quería
en el mundanal teatro,
ahora que he oido á los cuatro
los odio más cada dia.
Casada con don José,
que el oro sólo repara,
es fácil que me endosara
como letra ó pagaré.
Ni yo mi belleza estanco,
ni por dinero he sufrido,
ni merezco haber nacido
para billete de Banco.
Si me caso con don Casto,
por muchísimo que ahorremos,
ni con un millon podremos
dar á su estómago abasto.
Si de amor estoy inquieta,
por mucho que hable y suspire,
es fácil que no me mire
por comerse una chuleta;
y fuera casarme en vago
ir para siempre al altar
con hombre que para amar
necesita echarse un trago.
Si me caso con don Luis,
y le quiero, como es justo,
me va á dar cada disgusto
que va á temblar el país.

Si por marido le escojo,
á cada nuevo motin
temblaré por verle al fin
del combate, manco ó cojo:
y aunque haya paz transitoria,
temeré que me le quite
ó una rubia de Belchite,
ó una morena de Soria;
y es muy pesada la prueba
para amorosos desvelos,
si tengo que tener celos
de todas las hijas de Eva.
Si me caso con usté, (Á Blas.)
y este es el lance peor,
por lo franco y hablador
mil angustias pasaré;
pues por decir la verdad
dirá: «mi mujer es tierna,
»pero tiene mala pierna,»
á toda la asociedad;
y estaré siempre temblando
hasta que Blas haga *mutis,*
de que cuente si mi cutis
está terso ó está blando.
Por todas estas razones
y otras muchas que me callo,
me parece que no hallo
á quien dar los dos millones.
Me parece que hoy por hoy
me quedaré sin casar,
y no quiero más hablar,
y con mi madre me voy.
(Se levantan las tres mujeres.)
Guarden, pues tanto les gustan
los genios que manifiestan;
algunos de ellos me apestan,
y los restantes me asustan.
Serían más accesibles
si fueran más tolerables,
que si hay vicios disculpables
hay defectos insufribles.
Saquen, pues, de una zahurda

una mujer tan remona
que sea avara y glotona,
indiferente y palurda.
Yo franca he sido tambien
con todos los cuatro hermanos;
bésense ustedes las manos
y ustedes lo pasen bien.
(Se va por la izquierda acompañada de Doña Edvigis y Rosa.)

ESCENA II.

D. BLAS, D. LUIS, D. JOSÉ y D. CASTO.

Pausa, durante la cual se miran unos á otros sin decirse una palabra.

BLAS. Pues nos aplastó, hijos mios!
JOSE. Qué discurso!
BLAS. Y lo peor
es, en el lance en que estamos,
que tiene mucha razon.
LUIS. Qué opinas de esto? (Á D. Blas.)
BLAS. Yo! y tú?
LUIS. Dilo tú primero.
BLAS. Yo?
que nos ha dado una chifla.
LUIS. Y es hermosa como un sol!
has reparado qué hombros?
JOSE. Y qué hacemos?
BLAS. Lo mejor
es volvernos cada uno
por donde vinimos.
JOSE. No!
Y los dos millones?
BLAS. Ya!
JOSE. Crees tú puesto en razon
que se los coma la Inclusa?
BLAS. Hombre! allí estarán mejor.
Tú ya tienes lo bastante.
JOSE. Cien mil duros!... ahí son dos!
LUIS. Hemos sido unos cernícalos

por hacer caso á este atroz.
¿Quién nos mandaba hablar claro
y decir sin aprension
el genio y las cualidades
que dió á cada uno Dios?

BLAS. La verdad siempre es verdad.

LUIS. Si merezco un coscorron.

JOSE. Todos tenemos defectos,
pero era mucho mejor
que los fuera ella mirando
en detalle y no en monton.

BLAS. El hombre debe ser franco.

JOSE. Por San Pedro de Armengol!
El que va á robar á un hombre
le dice: soy un ladron!
tenga usted mucho cuidado
con la bolsa y el reloj?

BLAS. Eso debía de ser.

LUIS. Y cuando vendes tu arroz
y tu trigo en el mercado,
le dices al comprador,
no me dé usted más que siete
aunque pida veintidos?

BLAS. Pues ahora me haces pensar
casi en que tienes razon...
no lo digo, pero callo.

JOSE. Pues eso quería yo,
veros callados á todos;
hacerla á un tiempo el amor,
y luégo, el que ella eligiera
sería como nació.

LUIS. Pues yo no veo camino.

BLAS. No nos trata con rigor?
No nos declara la guerra?

JOSE. Y guerra á muerte...

BLAS. Chiton!
qué domina en la mujer?
el amor propio... Ella huyó
de nosotros, es preciso
que nos busque.

LUIS. Salomon
era un zopenco á tu lado.

CASTO. Pero cómo?
BLAS. Á eso voy yo.
Se escribe una circular
en que dando por razon
un pretexto que la enoje,
renunciamos al honor
de aspirar á sus encantos.
JOSE. Bien pensado!
LUIS. Es lo mejor!
BLAS. Libres ya del compromiso
ponemos nuestra atencion
en Rosa: obsequios, protestas,
declaraciones de amor,
todo para ella y nada
para la otra.
JOSE. Qué horror!
nos van á echar de la casa.
LUIS. Se muere de un sofocon.
BLAS. No habeis visto en el teatro,
siempre con éxito atroz,
El desden con el desden,
de un celebérrimo autor?
pues esa es la medicina
para las hembras de pró.
Aunque una mujer no quiera
al que le da su pasion,
como á otras se dedique
tiembla y rabia de furor,
que la mujer más humilde
tiene desde que nació,
del perro del hortelano
la envidiosa condicion.
JOSE. Bravo!
CASTO. Bien!
LUIS. Eres un Séneca!
BLAS. Escribid.
LUIS, CASTO y JOSE. Dicta.
BLAS. Allá voy.

(D. José se coloca en el extremo de la derecha, escribiendo sobre una mesa. D. Casto saca una cartera del bolsillo, se sienta en una butaca y escribe encima de su vientre. D. Luis en una

mesa á la izquierda, y D. Blas dicta desde el extremo del mismo lado.)

BLAS. (Dictando á D. Casto.)
«Cármen, es usted preciosa,
»pero tiene un pie feroz...»
(Dictando á D. Luis.)
«¡Qué lástima, Carmencita,
»que con tal desproporcion
»tenga un hombro cuatro dedos
»más bajo que el otro!...»

LUIS. (Escribiendo.) Oh!

BLAS. (Dictando á D. José.)
«Si usted no bizcara, Cármen,
»fuera bella como un sol...»
(Escribiendo él mismo.)
«Cármen, usted miente mucho,
»y, yo que tan claro soy,
»renuncio...» y tú, y tú, y tú,
(Á los otros.)
»al inmerecido honor
»de pretender ser su esposa.»
Cuatro cantáridas son;
si las resiste, te digo
que es más valiente que yo.

LUIS. Ya están!
(Todos se levantan y doblan sus eartas.)

BLAS. Al bolsillo, y dárselas
en la primera ocasion.

JOSE. Quién empieza á conquistar
á Rosita?

BLAS. Lo peor
es que urge el tiempo, y es fuerza
dar el primer paso hoy;
decida la suerte.

LUIS. Justo!
que meta en este *chapeau*
cada uno su tarjeta.
(Coge un sombrero y todos meten dentro una tarjeta.)

BLAS. Volved la cara. (Todos la vuelven.)

LUIS. (Moviendo el sombrero para que las tarjetas se confundan.)

Una... dos....
y tres... ya están barajadas.
Mete y saca. (Á D. Blas.)

BLAS. (Mete la mano en el sombrero sin mirar, y saca una tarjeta que lee.)
Casto!

CASTO. Yo?
Es que ya sabeis vosotros
mi cobarde indecision.

JOSE. No tienes el tatarrete?

CASTO. Eso siempre.

BLAS. Pues valor!
Nosotros á prepararnos
para seguir la funcion,
y si encontramos á Cármen
un saludo y se acabó.

JOSE. Buena suerte! (Á D. Casto.)

CASTO. Yo quisiera...

LUIS. Háblala al alma.

BLAS. Ocasion
como esta no la pillas!

CASTO. Pero... hermanitos, por Dios!

BLAS. Á ella!

JOSE. Firme!

LUIS. Al asalto!

BLAS. Viva la conspiracion!
(Se van á su habitacion.)

ESCENA III.

D. CASTO.

CASTO. Se van y me dejan solo!
pero cómo empiezo yo?...
y no hay remedio... está en ello
interesado mi honor.
Mi genio es más agradable
que un pastel de Perigord,
y mi facha es la de un
héroe de Walter Scott;
pero sitiar á una niña
y obligarme de rondon

á hacer con ella el papel
de Jaime el Conquistador,
es el mayor disparate
que se ha hecho en la nacion,
y eso que España es la tierra
donde se han hecho mejor!
(Mirando á la izquierda.)
Y nombrando al ruin de Roma,
luégo asoma... quiera Dios
que por conquistar á una,
no me quede sin las dos!

ESCENA IV.

D. CASTO y ROSA.

ROSA. Está usted solo?
(Desde el dintel de la puerta de la izquierda.)
CASTO. Lo estaba.
ROSA. Y sus hermanos? (Bajando al proscenio.)
CASTO. Se han ido.
ROSA. Ya se ve, pues! con las frescas
que mi hermana los ha dicho,
estarán desesperados.
CASTO. La diré á usted, no atendimos...
ROSA. Los ha puesto como nuevos.
CASTO. Sí?... pues nada hemos perdido.
ROSA. Por qué?
CASTO. Porque ella tampoco
nos ha hecho gracia.
ROSA. Es de fijo?
CASTO. Tal creo... lo que es á mí
me ha hecho feliz.
ROSA. No me explico...
CASTO. Me alegro que estemos solos.
ROSA. Sí?
CASTO. (Voy á ser atrevido.)
ROSA. Por qué?
CASTO. Porque... hace calor!
ROSA. Pues en diciembre es rarísimo:
ya! como está usté tan grueso!
CASTO. (Ya pareció mi individuo.)

No se vaya usted...

ROSA. Qué pasa?

CASTO. Que tengo que hablar muchísimo.

ROSA. Pues empiece usted; yo rabio
porque me hable un hombre...

CASTO. (Hijo!
si esto no te envalentona?...)
El caso es...

ROSA. Soy toda oidos.

CASTO. Pues... hace un fresco notable.

ROSA. Ántes calor y ahora frio...
está usted hecho un barómetro.

CASTO. (Cuando digo que no sirvo!)
Sí... la... (aquí del tatarrete.)
(Saca el frasquito del pecho y se echa un trago.)

ROSA. Qué veo!... Buen provechito.

CASTO. (Animándose.)
Pues sabrá usted que esos ojos
están levantando un cisco
en mi corazon!...

ROSA. (Con alegría infantil.) De veras?

CASTO. Tiene usted unos hoyitos...
y una gracia en ese cuerpo.

ROSA. Y mi hermana?

CASTO. Ya le he dicho
que me apesta; usted tan sólo
reinar puede en mi albedrío.

ROSA. (Saltando.)
Ay! que me hacen el amor,
qué bonito! qué bonito!
siga usted.

CASTO. Rosa... yo... vamos,
me parece que me explico.

ROSA. Ya tenía yo más ganas
de que me quisieran!...

CASTO. (Digo!)

ROSA. Ya puede usté enamorarme...

CASTO. (Pues señor, otro traguito.)
(Vuelve á sacar el frasco y á beber.)

ROSA. Pero usted, cuando enamora
no lo puede hacer sin vino?

CASTO. Él da calor á la sangre...

(Ya voy estando...)

Rosa. Ay, qué ojillos!

Casto. Pues estos la están diciendo
que su semblante es divino,
que su mano es hechicera,
que su pié es diminutivo...
y que... (Si bebo otro trago
va á haber un cataclismo.)

Rosa. Eso me gusta... adelante.

Casto. (Me compromete, de fijo.)

Rosa. Qué más?...

Casto. Que valen sus ojos
más que un buen queso estraquino;
que son sus dientes más monos
que piñones encurtidos;
que sus dos mejillas son
mejor que dos pastelillos,
y que ni el cabello de ángel
es como el suyo, suavísimo.
Cuando usted llora. sus lágrimas
son malvasía legítimo,
y tiene usted en su boca
coñac y rom de lo fino.
¿Qué espárragos de los gordos
son como sus brazos ricos,
ni qué percebes pudieran
ser como sus piés chiquitos?
Sus dos labios encarnados
parecen dos langostinos,
y su nariz es más mona
que un trozo de solomillo.
Mire usted aquí á un hombre (Se arrodilla.)
que al ver un banquete opíparo,
de tanto manjar sublime
sólo pide un bocadito.

Rosa. Qué más?

Casto. Que la quiero á usted.

Rosa. Y qué más?

Casto. Que he decidido
amarla y que usted me quiera.

Rosa. Y qué más?

Casto. Lo que la he dicho.

(Y que esto se va poniendo
un poco resbaladizo.)

ROSA. Y esto es el amor?

CASTO. Parece.

ROSA. Pues es poco divertido.
Yo creí que era otra cosa!...
Y para eso tanto ahinco
en que no mire á los hombres
porque son muy atrevidos,
y que no escuche sus frases,
hijas del infierno mismo,
en que hay peligros horribles!
Adónde está ese peligro?

CASTO. Está ya... en el tercer sorbo.

ROSA. Pues no saque usté el frasquito.

CARMEN. (Saliendo por la izquierda.)
Gracias á Dios que te encuentro!

ROSA. Me he divertido muchísimo.

ESCENA V.

CÁRMEN, ROSA y D. CASTO.

CARMEN. En qué?

ROSA. Me han hecho el amor!

CARMEN. Hola!

ROSA. Vaya! y me he reido...

CARMEN. Quién?

ROSA. Nuestro primo don Casto.

CARMEN. Pues me hace gracia el cinismo!
¿Cómo mi mano pretende
si á Rosa dice lo mismo?

CASTO. Porque yo á usted no la quiero...
como reza el papelito.
(Saca su carta y se la da.)
Y adios; tu amor ó la muerte. (Á Rosa.)
(Chúpate esa!) Con permiso...
(Saluda y se va por el foro.)

ESCENA VI.

CÁRMEN y ROSA.

CARMEN. Qué es esto? (Abriendo la carta.)
ROSA. (Reflexionando.) Vaya una cosa
que es el amor!
CARMEN. (Con rabia.) Qué he leido!
quién le ha dicho á ese mostrenco
que es grande mi pie?...
ROSA. Le ha visto?
CARMEN. Aquí lo dice... á ver, hija.
(Enseña el pie á Rosa.)
ROSA. Como es más pequeño el mio!...
(Enseña el suyo.)
CARMEN. Si tú eres un arrapiezo ..
ROSA. Qué quieres... es más chiquito.
CARMEN. Miren lo mocosa!
ROSA. Vaya!...
te da envidia?
CARMEN. Pues es lindo
el amante para darla!
ROSA. De gustos no hay nada escrito.
LUIS. (Desde el foro.)
(Las dos!... daremos el golpe.)
ROSA. Don Luis!
CARMEN. (Este es ya distinto.)

ESCENA VII.

CÁRMEN, ROSA y D. LUIS.

LUIS. (Dirigiéndose inmediatamente al lado de Rosa.)
Encantadora Rosita!
Señora...
(Saludando con frialdad á Cármen.)
ROSA. Muy bien venido.
LUIS. (Á Rosa.) Gracias á Dios que esos ojos
no me escatiman su brillo.
ROSA. ¡Ay, que me hacen el amor
otra vez! (Á Cármen.)

CARMEN. (Enojada.) Ya lo he oido.
LUIS. Hablando aquí de negocios
ántes, qué tiempo perdimos!
CARMEN. Por qué?
LUIS. Porque era mejor
dar las gracias al Altísimo
por haber criado un ángel
de rostro tan peregrino...
ROSA. Como yo?
LUIS. Precisamente.
ROSA. Le agrado yo á usted?
LUIS. Muchísimo!
ROSA. Esto ya me va gustando.
CARMEN. Sepa usted que no permito
tales bromas...
LUIS. No son bromas!
CARMEN. Á lo ménos tenga juicio,
si usted pretende mi mano!
LUIS. Ese es el error...
CARMEN. Qué he oido?
LUIS. Carta canta. (Saca la carta y se la da.)
CARMEN. Es un complot
sin duda...
BLAS. (No, un sinapismo!)
(Cármen abre la carta y lee.)
Se ha mirado usted las manos? (Á Rosa.)
ROSA. Están manchadas?... no atino...
LUIS Mire usted... aquí... (Cogiéndole una.)
ROSA. No veo...
LUIS. Ya se limpió. (Besándosela.)
CARMEN. Qué he leido!
ROSA. Ay! esto ya es otra cosa...
siento así... como un vahido.
CARMEN. (Adelantándose a D. Luis con energía.)
Cuál es el hombre más alto?
LUIS. Ese!... que tiene de fijo
cuatro dedos más que el otro.
CARMEN. No oyes esto? (Á Rosa.)
ROSA. (Turbada.) No... lo he visto...
CARMEN. Qué tienes? (Á Rosa.)
ROSA. (Señalándose á las manos.) Así... una cosa
entre picor y hormiguillo!

CARMEN. Que soy desproporcionada?...
esto nadie me lo ha dicho!
LUIS. Como la verdad ofende...
CARMEN. Se engaña usted... soy lo mismo
de un lado que otro... mida!
LUIS. Voy... (Deteniéndose de repente.)
(Valor ó soy perdido.)
No tal! si á mí no me importa...
y yo... ni pongo ni quito,
media vara más ó ménos...
si fuera así... (Tocando los hombros de Rosa.)
CARMEN. Primito!
si es burla es algo pesada.
LUIS. El espejo es su enemigo.
CARMEN. (Yéndose á mirar al espejo.)
(Dios mio! será verdad?)
JOSE. (Por el foro.)
Aquí está. (Señalando á Rosa.)
BLAS. (Entrando á Luis.) Va bien?
LUIS. Magnífico!

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA EDUVIGIS, D. BLAS, D. JOSÉ y D. CASTO.

Todos entran acompañando á Doña Eduvigis, y en el momento que ven á Rosa se dirigen á ella.

EDUV. Qué les ha dado?
CARMEN. (Saliendo á su encuentro.) Mamá,
(Le da una de las cartas, abierta.)
lee!
JOSE. (Á Rosa.) Á los cielos bendigo
porque me deja mirar
de cerca tantos hechizos.
ROSA. ¡Ay, otro!...
CARMEN. (Á Doña Eduvigis.) Y eso no es nada.
Vea usted... (Le da la otra carta.)
JOSE. Rostro bonito,
no sabrá usted decir: «quiero»
si un hombre la dice: «envido?»
ROSA. Y eso, qué es?

JOSE. Que usté es más mona
que una doblilla de á cinco,
y que tiene usted más gracias
que un millon en efectivo!

ROSA. Pues si el amor vale tanto
por qué estará prohibido?

CARMEN. Abusa usted de una niña
tambien? (Encolerizada á D. José.)

JOSE. (Dándole la carta.) Como me retiro
de mi pretension...

BLAS. (Al otro lado dándole tambien otra carta.) Y yo
ambiciono hacer lo mismo.

CARMEN. Mamá!

EDUV. Lee las epístolas.

BLAS. (Á Rosa.) Yo soy franco y no la digo
que la quiero como todos,
pero de veras la afirmo
que tiene usted un encanto
capaz de volverme chino;
que es usted una perita
en dulce, y un manojito
de claveles, y un juguete
de lo más mono que he visto.

ROSA. Ay! ya creo que me vuelvo
estátua de sal de fijo!
Bien decía mi maestra.

CARMEN. (Fuera de sí.) Que yo miento? que yo bizco?

EDUV. Esto es un plan combinado.

CARMEN. Si ustedes han concebido
el proyecto de enojarme,
de su proceder me rio...

BLAS. Ya lo estamos viendo.

CARMEN. Sepan
que los desprecio lo mismo.

BLAS. Por eso nos dedicamos
á quien nos gusta muchísimo.

(Los cuatro rodean á Rosa, siendo los que quedan á su lado D. Blas y D. Luis; en el otro extremo Cármen sola, y en medio de la escena Doña Eduvigis.)

EDUV. Señores!... (Queriendo detenerlos.)

CARMEN. (Indicándola que se vaya.) Rosa!

BLAS. Primero

ha de elegir un marido.
ROSA. Quién... yo?...
CARMEN. Pero eso es de veras?
ROSA. Quién me qniere más?
BLAS. Magnífico!
Yo!
JOSE. Yo!
CASTO. Yo!
LUIS. Yo!
EDUV. Poco á poco.
ROSA. Me van á aturdir á gritos!
CARMEN. Basta de farsa.
BLAS. No es farsa!
EDUV. Miren...
LUIS. Ese es un pie digno.
(Señalando al de Rosa.)
BLAS. Así deben de ser los hombros...
iguales. (Señalando los de Rosa.)
CARMEN. Dios me dé tino!
CASTO. Y los ojos sin bizcar,
como Dios manda!
CARMEN. No he visto
igual dsscaro!...
EDUV. Señores! ..
tengamos algo de juicio.
BLAS. Hoy es dia de alegría
y está todo permitido.
LUIS. Yo la quiero á usted! (Á Rosa.)
JOSE. Y yo!
BLAS. Hable usted...
ROSA. Qué compromiso!
qué hago yo así... con cuatro hombres?
LUIS. Buscar un cabo.
EDUV. Amiguitos!...
LOS CUATRO. Vamos!!
EDUV. Señores!
LOS CUATRO. Rosita!...
CARMEN. Oigan ustedes!
LOS CUATRO. Rendidos
esperamos...
CARMEN. No me escuchan!
EDUV. No me oyen!

BLAS. Aqui hay maridos...
EDUV. Pero...
LOS CUATRO. Nada...
ROSA. Yo...
LOS CUATRO. Que elija!...
EDUV. Basta!
LOS CUATRO. No...
CARMEN. Que oigan suplico.
LUIS. (De rodillas al lado de Rosita y cogiéndola una mano.)
Rosita encantadora,
escuche usted mi ruego,
y admita el espantoso
amor que siento aquí.
Y pronto en la parroquia
seamos venturosos,
pasando nuestra vida
así... así... así!... (La da tres besos en la mano.)
BLAS. (De rodillas al otro lado, cogiéndola la otra mano.)
Espero con el tiempo
quererla á usted de veras,
y entónces es muy fácil
que usted me quiera á mí.
El santo matrimonio
dichosos puede hacernos:
que Dios nos lo conceda
así... así... así!...
(La da otros tres besos en la otra mano.)
JOSE. (Por encima de la cabeza de D. Luis á Rosa.)
Carruajes y vestidos,
y galas y tocados
casándote conmigo
conservo para tí.
El oro es rey del mundo
y yo le tengo á mares;
pasemos nuestra vida
así... así... así!...
(Haciendo sonar el dinero en el bolsillo del chaleco por tres veces.)
CASTO. (Hablando á Rosa por cima de la cabeza de D. Blas.)
Comidas suculentas
y mágicos manjares

vencer sabrán sin duda
el miedo que hay en tí.
Mi estómago es hermoso,
los dos nos amaremos,
y juntos nos pondremos
así... así... así!...
(Haciendo tres veces ademan de abultársele el vientre.)

EDUY. Señores, uno á uno;
si á un tiempo hablamos todos,
no es fácil que se entienda
tan bárbaro motin.
Si no callan ustedes,
pues ya de broma pasa.
les echo de mi casa,
así... así... así!...
(Haciendo tres veces ademan de señalarles la puerta.)

CARMEN. Los hombres aborrezco,
detesto sus engaños,
y en ser soltera fundo
mi alegre porvenir.
Permita Dios que un dia
mil hombres me enamoren,
y yo los haga á todos
así... así... así!....
(Haciendo ademan tres veces de saludarles con la mano.)

ROSA. No sé lo que me pasa,
no sé lo que me aflige,
me gustan Pepe y Casto,
me gustan Blas y Luis.
Si aquel que se enamora
de fijo va al infierno,
iremos en volandas
así... así... así!...
(Dando tres saltos peqneños. Todos los personajes repiten á un tiempo su respectiva octava con rapidez, pero sin confundirse las palabras, y ántes de que varien de postura, cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores

ESCENA PRIMERA.

DOÑA EDUVIGIS, CÁRMEN y ROSA.

La colocacion de los personajes idéntica á la del primer acto.

CARMEN. Lo primero no es la boda.
EDUV. Pues qué es?
CARMEN. El amor propio.
EDUV. Si todo ha sido un complot
para despertar tu enojo!
despreciaste á los cuatro,
los llenaste de piropos,
y como es muy natural
ellos hicieron lo propio.
Vieron aquí otra muchacha
de escasísimo meollo;
y dijeron esta sirve
muy bien á nuestro propósito.
Si la broma te ha picado
y si los guardas encono,
ellos bailarán de gusto
de su empeño por el logro.
CARMEN. Y tú, niña, no entendiste (Á Rosa.)

que eras la burla de todos?

ROSA. Pues si tú por una burla
has sufrido tal sofoco,
qué harías si fueran veras?

CARMEN. Hola!...

ROSA. Arrancarme los ojos!

CARMEN. Si creerás que tengo envidia...

ROSA. Como es cuestion de amor propio...
y tú estabas sin ninguno
teniendo yo cuatro novios...

CARMEN. Cómo son tan escogidos!

ROSA. Pues está hoy el tiempo hermoso
para estar desperdiciando
lo que se presente.

CARMEN. Qué oigo!
Miren la colegialita,
y cómo entiende el negocio!...

ROSA. Yo tuve en media hora cuatro
que me adoraban de hinojos...
puede que en veinte años otras
no puedan decir lo propio.

CARMEN. Pero es que tú te figuras
que era cierto aquel embrollo?

ROSA. Como que tengo quince años,
y no gasto el genio hosco,
y no tengo los piés grandes,
y son iguales mis hombros,
y no bizco...

CARMEN. Todavía?...
Dios me libre de los tontos!
No sabes que esas disculpas
de sus cartas eran sólo
para que yo me irritase?...

ROSA. Pues lo han conseguido todo!

CARMEN. Dios me tenga de su mano...

ROSA. Mira; tú rabias, yo bordo;
á tí los cuatro te apestan,
y yo como á nadie odio,
escogeré el que me guste
hoy más, y Cristo con todos.

CARMEN. Pero, mamá, no la oyes?

EDUV. Sí, hija mia, ya la oigo;

pero como dicen bien...
CARMEN. Y se casará á su antojo!
ROSA. Pues no, que estaré esperando
á que me elijas tú el novio!
CARMEN. No harías más que lo justo.
ROSA. Me exponía por tu antojo
á quedarme para monja.
CARMEN. Mejor estado es que el otro.
ROSA. Pues tómalo tú.
CARMEN. Muñeca!...
ROSA. Yo á tu gusto me acomodo:
tú, soltera, viste imágenes,
yo, casada, las adoro.
CARMEN. Pues no será!
EDUV. Si marido
no quieres, yo no sé cómo...
CARMEN. No le quiero ni... pintado.
ROSA. Pues yo... pintado tampoco,
le quiero de carne y hueso.
CARMEN. Pero porque veas pronto
que nadie te quiere, y era
lo de ayer farsa y embrollo,
voy á dejarme querer;
voy á fingir que respondo
á sus amantes protestas,
y cuando veas que todos
te dejan á tí por mí,
los contesto un *no* redondo.
ROSA. Volverán á mí los cuatro,
y como yo no me enojo,
tú te quedarás sin uno,
y yo con uno ó con otro.
CARMEN. Vamos!... si es cosa de ahogarla...
EDUV. Yo creí que era forzoso
tomar cartas en el juego;
pero el cielo siempre próvido
ha dispuesto tu castigo (Á Cármen.)
en sus labios candorosos.
Yo siempre á Dios le pedía
un ejemplar poderoso,
que tu opinion castigase
y torciera tus propósitos.

Ahí le tienes.

CARMEN. Sí... pues aunque
sufra penas y sonrojos
y me llamen fea y necia,
yo me callo y me conformo,
porque ni quiero á los hombres,
ni me caso...

EDUV. Ya está el horno
encendido!

CARMEN. Allá veremos.

EDUV. Ya vas perdiendo tu aplomo,
tu glacial indiferencia
y tu desdeñoso entono.

ROSA. Déjela usté en su manía,
que si á cundir llega un poco,
y algunas siguen su ejemplo,
aquí en Madrid sobre todo,
tocaremos las demas,
no ya á cuatro, sino á ocho.

CARMEN. Bien! (Afectando calma.)

EDUV. (Á Rosa.) (Pínchala.)

ROSA. (Á Eduvigis.) (Y si me pega?)

EDUV. (Hazla rabiar, yo te apoyo.)
Adios, y firme en tus trece. (Á Cármen.)

CARMEN. (Paciencia.)

EDUV. Ya vendrán pronto,
abrúmales á desprecios,
y no los mires al rostro;
pero pues no han de ser tuyos,
presencia el grave coloquio
que han de tener con Rosita,
preludio de su consorcio.

CARMEN. (Dominándose.)
Así lo haré.

EDUV. Dios te ayude;
volveré dentro de poco.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

CÁRMEN, ROSA.

Cármen se pone á bordar al otro lado del velador donde está bordando Rosa, las dos frente al público y sin mirarse una á otra. Pausa.

CARMEN. La seda azul.
ROSA. Toma. (Se la da.)
CARMEN. Es claro
el color. (Tirándola sobre la mesa.)
ROSA. Pues aquí hay otro. (Se la da.)
CARMEN. Casa mal.
ROSA. Lo mismo digo.
CARMEN. No me gusta. (Tirándole.)
ROSA. Á mí tampoco.
(Tirándole tambien. Pausa.)
CARMEN. Te estás burlando de mí?
ROSA. Yo?
CARMEN. Sí, tú...
ROSA. Yo callo y bordo.
CARMEN. Y cuál te hacía más gracia,
vamos á ver?
ROSA. Á mí... todos.
CARMEN. Ya!... te flechaba el avaro,
ó te encantaba el gastrónomo,
ó el militar te aturdía,
ó preferías al otro?
ROSA. No he pensado, pero tú
los irás oyendo, y como
estás desimpresionada,
me aconsejarás.
CARMEN. Supongo.
ROSA. Los cuatro me quieren mucho,
tú me eliges el esposo.
CARMEN. Este color es horrible.
ROSA. Es verdad, es horroroso.
CARMEN. Venga uno verde.
ROSA. Uno verde. (Se le da.)
CARMEN. Es muy feo.

ROSA. Ahí tienes otro.
(Con rapidez y muy mal humor las dos.)
CARMEN. Es malo.
ROSA. Lo mismo digo.
CARMEN. No me gusta. (Tirándole.)
ROSA. Á mí tampoco.
(Tirándole tambien.)

ESCENA III.

CÁRMEN, ROSA, y D. BLAS, por el foro.

BLAS. (Juntas! Silencio profundo!
aquí va á empezar lo gordo.)
Hola, primitas. (Acercándose.)
ROSA. Don Blas!
CARMEN. El riojano, el fenómeno
de franqueza! (Lo que es este
no te conviene.) (Á Rosa.)
ROSA. (Pues otro.)
CARMEN. Qué tal vamos?
BLAS. Mucho bien.
Qué tal, se pasó el enojo?
CARMEN. Como era una broma...
BLAS. Claro.
CARMEN. Yo no miento nunca.
BLAS. Qué oigo!
pues no dice usted á voces
que odia á los hombres?
CARMEN. Los odio.
BLAS. Pues ahí está, como esa es
una mentira de á fólio.
CARMEN. Si sabrá usted más que yo?
BLAS. Usted odiará á su antojo
á los que ha visto hasta ahora,
y eso al fin, segun y como:
pero como hay otros muchos...
CARMEN. Como yo no los conozco...
BLAS. Otra, pues! y si entre ellos
se presenta algun buen mozo
y usté al verle dice: chico,
qué hacemos aquí nosotros?

CARMEN. No lo diré.
BLAS. Pues peor
para usted: vamos, pimpollo, (Á Rosa.)
levante usté esos ojitos
ó voy á creer que estorbo.
ROSA. Los bajo porque me miran,
que si estuviéramos solos
ya los alzaría.
BLAS. Así
me gusta: nada de embrollos,
la verdad ántes que nada.
CARMEN. Le gusta á usted este corzo?
(Enseñando el bordado.)
BLAS. Mire usté, á mí los venados
ni en pintura.
CARMEN. Y este fondo,
casa aquí bien?
BLAS. Yo no vengo
á dar lecciones de monos:
vengo á ver á Rosa.
CARMEN. (Con ironía.) Vaya!
no le ha entrado poco pronto
el amor.
BLAS. No se le tengo.
LAS DOS. Ah!
BLAS. Me gusta más que un poco,
y para tenerla mucho
la miro, la hablo y la oigo.
CARMEN. Es usted franco? (Levantándose.)
BLAS. Muy franco.
CARMEN. Entónces déme su apoyo,
y diga á sus tres hermanos (Con gravedad.)
que es mal hecho por antojo
ó venganza, de una niña
burlarse.
BLAS. Ni por asomo.
CARMEN. Que si yo no los agrado,
lo cual para mí es notorio,
con no hacerme caso alguno
se concluye este negocio;
pero que no es de leales,
por despecho ó por encono,

pretender que la inocencia
les sirva de trampantojo;
que los desprecia mi hermana
tanto como yo los odio;
y que esta casa es muy suya
portándose de otro modo.
Usted es franco y no debe
enojarse si le copio.

BLAS. Francamente, usted me gusta:
esas frases y ese tono
son muy decentes ¿estamos?
y yo desde ahora respondo
que no andaremos en farsas
necias, ni con requilorios:
el que quiera de verdad
á Rosita, que haga el oso;
pero al que lo haga por broma,
soy capaz de hincharle el morro.

CARMEN. Gracias: la forma es durilla, (Sonriéndose.)
pero es muy bueno su fondo,
y soy su amiga. (Dándole la mano.)

BLAS. Me alegro,
ya verá usted si me porto.

ROSA. (Levantándose.)
Pero eso quiere decir
que me he quedado sin novios!

BLAS. Cuántos años tiene usted?

ROSA. Quince.

BLAS. De aquí á diez y ocho
va usté á tener una lista
de tres ó cuatro kilómetros.

ROSA. Y usted me quiere? (Con tristeza cómica.)

BLAS. Yo?
soy muy bruto para esposo,
y usted necesita un chico
más adamado y más pollo.

CARMEN. Esa no es una razon.

BLAS. No es razon?

CARMEN. Usté es buen mozo.

BLAS. Pues por eso no me gusta
tener que hacer un corcobo (Bajándose.)
para decir: «alma mia;»

es mejor rostro con rostro
lo que pasa por el alma
irlo leyendo en los ojos.

CARMEN. Que con su palabra cuento...
(Á D. Blas, llevándose á Rosa.)

ROSA. Á que me los quita todos. (Llorando.)

BLAS. Lo dijo Blas... (Con gravedad cómica.)

CARMEN. Pues entónces,
amigo, punto redondo.
(Váse por la izquierda con Rosa.)

ESCENA V.

D. BLAS.

Y ella será lo que quiera,
pero tienes unas caidas...
ha descubierto la trama;
me cogió el flaco la indina,
y por la verdad es fuerza
recoger velas... Familia!
(Acercándose á la puerta de la derecha y llamando á sus hermanos.)
cada mochuelo á su olivo.
Chicos! (Llamando.)

LUIS. (Asomándose á la puerta.)
Nos llamas?

BLAS. Aprisa.

ESCENA VI.

D. BLAS, D. LUIS, D. CASTO y D. JOSÉ, saliendo por la derecha.

BLAS. Se ha descubierto el pastel.

CASTO. El pastel es cosa mia.

BLAS. Cármen lo ha entendido todo.

JOSE. Pues para eso era la filfa.

BLAS. Y me ha dicho que yo os hable.

LUIS. Ya escuchamos.

BLAS. Y que os diga,
que dice ella que nosotros

somos una gatería.

Luis. Cómo!

Blas. Que si no nos gusta,
que la dejemos tranquila,
y que no hagamos pensar
en otra cosa á Rosita.

Luis. Y tú que le has dicho?

Blas. Yo!...
que tiene razon.

Luis. Maldita
sea tu franqueza, amen!

Blas. Hombre!

Luis. Seguir la mentira;
decir que estamos los cuatro
locos de amor por la niña
y hacerla saltar.

Blas. Pues hijos,
esto es cosa concluida;
el que á Rosa pretenda
no es ya de mentirijillas;
y el que á Cármen enamore
veremos cómo se explica.

Jose. Yo quiero los dos millones,
lo demas no me fascina.

Blas. Hombre, por qué no te casas,
si al oro sólo te inclinas,
con la Caja de Depósitos?

Jose. Porque no me la darían,
que lo que es las ganas...

Casto. Yo
quiero por la razon misma
á Cármen; con dos millones
puede uno pasar la vida
gastando en comer seis años
mil reales todos los dias.

Luis. Á mí, que sólo me gustan
las mujeres por sí mismas,
y que ni viejas ni feas
me agradan, aunque sean ricas,
me gusta Cármen muchísimo,
pues como Serra decía,
es muy maestra marchando

y tiene muy buena pinta,
mas tambien me gusta Rosa
así... por lo pequeñita,
pues ya sabes, la pimienta
es chica, y pica y repica.
De modo que la que me oiga
amante y mejor me admita,
será con dote ó sin dote
la moza que ha de ser mia.

CASTO. Y tú? (Á D. Blas.)

BLAS. Cármen me hace gracia,
pero se me hace la fina,
y yo quiero una mujer
basta como yo, que sirva
para dar un puñetazo
si algun moscon se le arrima;
que no haga dengues por todo,
y que cuando quiera diga
«aquí estoy yo, el cura espera;
á la parroquia en seguida.»

CASTO. Conque es decir?

BLAS. Que nos vamos;
que si tú no la conquistas, (Á D. Casto.)
ó tú, lo cual es difícil, (Á D. José.)
hacemos la despedida.

LUIS. Y no era mejor seguir?

BLAS. Mi palabra ya está dicha;
he prometido por todos
tener decoro y cumplirla:
conque hablar lo que se sienta,
la verdad moronda y lisa,
porque al que no me haga caso
le voy á romper la crisma.

LUIS. Oh! lo que es con amenazas...

BLAS. Otra que Dios! ya te irritas;
pues bien, nos la romperemos.

CASTO. Vamos... (Conteniéndolos.)

JOSE. Pues bueno estaría...

BLAS. Es que á mí tu espada... (Á D. Luis.)

CASTO. Blas!

JOSE. Ya basta.

CASTO. Cese la riña...

entre hermanos!

BLAS. Está bien: (Conteniéndose.
preparemos en seguida
los equipajes, y en marcha.

CASTO. Eso voy á hacer.

BLAS. Aprisa.

LUIS. Yo os sigo dentro de poco;
es justo que me despida.

JOSE. Todos lo haremos.

BLAS. Dejadle;
cayó el de caballería.
(Se van por la derecha.)

ESCENA VII.

D. LUIS.

LUIS. Lo que es irme sin dejar
con decoro el pabellon
no es cosa muy regular:
pues no tendrán que hablar
despues en el escuadron!
Haber dos mozas aquí
de esas á quien dice Dios:
«esto lo sé hacer así!»
y quedarse aquí las dos
y ninguna para mí!...
Lo que es por eso no paso,
oh!... y ahora que estoy vacante,
y que en despecho me abraso
por la moza de Alicante
que no me quiso hacer caso!
Nada, aquí siento mis reales,
y aunque me hagan sufrir luégo
penas á la suya iguales,
á esas dos mozas juncales
yo las haré entrar en fuego.
Otra cosa es desertar,
y yo no quiero pasar
por cobarde, mientras pueda;
ya oigo el ruido de la seda,
por la derecha, alinear!

ESCENA VIII.

D. LUIS y ROSA.

ROSA. Ay! usted?
(Bajando al proscenio sorprendida de ver á Don Luis y volviendo la cara para no mirarle.)
LUIS. Yo soy, Rosita.
Cómo!... no verme desea?
ROSA. Pues!...
LUIS. Por qué razon maldita
pone una cara tan fea
quien la tiene tan bonita?
ROSA. Porque la escena de ayer
me ha hecho, aunque tarde, saber
que ninguno me quería,
y que por mí, todavía
nadie me puede querer.
LUIS. Se ha visto usted al espejo?
ROSA. Sí señor.
LUIS. Vaya! ¿y qué tal?
ROSA. Aunque el que tengo ya es viejo,
cuando con él me aconsejo
no me parezco muy mal.
Si yo soy como me pinta
(Jugando con la cinta del cinturon.)
y no me miente por vicio...
LUIS. No tal; me dice esa cinta
(Señalando al cinturon.)
que ya ha entrado usted en quinta
y es útil para el servicio.
ROSA. Cuando digo que ya sé
que broma lo de ayer fué...
Y así los hombres se portan?
los demas nada me importan
aunque finjan; pero usté...
LUIS. Conque yo la importo más?
Pues bien! no me vuelvo atrás.
Me gusta usted.
ROSA. Sí?
LUIS. Remucho.

ROSA. No lo creo aunque lo escucho.
LUIS. Qué no me cree?
ROSA. Jamás! (Volviendo la cara.)
(Pausa.)
LUIS. Vuelva usted, niña, esa *cara*,
(Marcando algo todas las paranomasias.)
que amor con amor se *cura*;
y si usté bien lo repara
el que como yo se *apura*,
debe decírsele *apara*.
ROSA. Usté anda de ceca en *meca*,
y quiere volverme *mica*
para que me ponga hueca;
pero el que de todos *pica*
ya sé yo por lo que *peca*.
LUIS. Le digo á usted que la *cosa*,
se puede quedar en *casa*,
y que es usted tan hermosa,
que tengo ya el alma *rasa*
por esa cara de *rosa*.
ROSA. Si fuera cierta esa *tema*,
puede que dijera, *toma*.
(Alargando la mano.)
LUIS. Qué mano! si es una yema, (Ella la retira.)
siquiera por lo que *quema*
deje usted que me la *coma*.
ROSA. Soy de Madrid.
LUIS. Hola! *gata*?
ROSA. Justo; y que no vea *gota*
cuando su amor me retrata.
LUIS. Tiene esa mano una *mota*
que me aturde y que me *mata*.
ROSA. Hoy su amor está de *gala*.
LUIS. Hija, si no tengo *gola*.
(Llevándose la mano á la garganta.)
ROSA. No le parezco tan mala,
porque al venir á esta *sala*
me ha visto usted á mí *sola*.
LUIS. Que no vista sino *pana*,
si no es ya cierta mi *pena*;
y si yo quiero á su hermana
que no me den más que *avena*

ó me manden á la *Habana*.

ROSA. No creo...

LUIS. Vuélvame *moro*
si desde hoy á nadie *miro*;
si no cree usted que la adoro
voy á que me coja un *toro*,
ó voy á pegarme un *tiro*.

ROSA. Usted lo dijo y me *apura*,
pero si le digo *apara*,
tenga por cosa segura
que la broma cuesta *cara*,
y que en la iglesia está el *cura*.

LUIS. Me aplastó.

ROSA. Cayó la *gasa*.

LUIS. Amor que en boda se *guisa*,
casi de la raya pasa.

ROSA. Sólo está en punto la *masa*
despues de escuchar la *misa*.
(Cármen aparece en el dintel de la puerta de la izquierda, y se detiene.)

LUIS. Estoy mal. (Retirándose un poco.)

ROSA. Pues tome *soda*? (Burlándose.)

LUIS. Me ahorcara con una *seda*.

ROSA. Eso ya no está de moda.

LUIS. Cuándo se acaba la *veda*? (Acercándose á ella.

ROSA. Cuándo? Despues de la *boda*.
(Con sonrisa maliciosa.)
(Rosa se va por la izquierda cambiando una mirada con Cármen, que baja poco á poco al proscenio.)

ESCENA IX.

D. LUIS y CÁRMEN.

LUIS. Casarme! feroz palabra.

CARMEN. Le parece á usted bien hecho
volver á hacer la comedia
que los cuatro ayer hicieron?

LUIS. Ha oido usted?

CARMEN. Poco ó nada,
pero lo bastante creo
para adivinar que siguen

en su ridículo empeño.

LUIS. Yo... (Sincerándose.)

CARMEN. Y me prometió su hermano
que enmendarían el yerro?

LUIS. Él como los otros dos
está su equipaje haciendo.

CARMEN. Para qué? (Sorprendida.)

LUIS. Para marcharse.

CARMEN. Y la herencia?

LUIS. Como luégo
usted los despreciaría;
la dan calabazas ellos.

CARMEN. Ah! y usted?

LUIS. Yo me he quedado
á despedirme un momento
de Rosa.

CARMEN. Y de mí?

LUIS. Lo mismo.
(Esta mujer tiene un cuerpo!)

CARMEN. Tanto les asusto?

LUIS. Digo!
No odia usted al sexo feo?

CARMEN. Sí; tal vez, porque aún no he visto
quien me haga variar de empeño.

LUIS. Nunca la ha dicho á usté un hombre:
morena, por tí me muero!

CARMEN. Pero lo han dicho tan suaves,
tan melosos y tan necios,
que si todos son lo mismo
nada en no escucharlos pierdo.

LUIS. Conque á usted le gusta?...

CARMEN. Un hombre
que lo sea.

LUIS. Ya comprendo.

CARMEN. Que tenga arranque, que exija,
que mande, que tenga genio,
que sea, en fin, lo que yo,
vamos, lo que yo merezco.

LUIS (Acercándose á ella decidido, y retrocediendo en el acto.)
Pues entónces... (Guarda, Pablo,
esta quiere verme preso

en sus redes, y despues
darme un sofion estupendo!)

CARMEN. Decía usted... (Animándolo.)

LUIS. Que yo soy
tan tímido!

CARMEN. Sí, lo creo.
Á ver, míreme usté un poco?

LUIS. (Ay, si la miro me pierdo!
digo! y si la otra me escucha!)

CARMEN. Vamos!...

LUIS. Señora, no puedo:
(Llevándose la mano á la frente.)
tengo los ojos tan malos!

CARMEN. Si se irá usté á poner ciego!
(Queriendo apartarle la mano.)

LUIS. Es fácil. (Ay, que me toca!)

CARMEN. Á ver? (Apartandole la mano.)

LUIS. Si el mal está dentro.

CARMEN. Parece usté un colegial!

LUIS. (No tienes tú mal colegio.)

CARMEN. Y tambien usted se marcha...

LUIS. Á poner tierra por medio:
aquí se vive, señora,
en un compromiso eterno.

CARMEN. Conque la herencia del tio
irá á la Inclusa? (Sentándose.)

LUIS. Bien hecho.

CARMEN. Qué lástima!
(Enseña un poco el pie por debajo del vestido.)

LUIS. (Enseña el pie!)
Conque, señora, hasta luégo.
(Dirigiéndose á la derecha.)

CARMEN. Es que me ha dado un vahido.

LUIS. Sí, voy...
(Vuélvese con rapidez, retrocediendo en el acto.)
llamaré corriendo.
(D. Blas asoma la cabeza por la puerta de la derecha y vuelve á esconderse.)

CARMEN. No hace falta: quién dijera
(Levantándose despechada.)
que los bravos del ejército
se asustaban por tan poco!

BLAS. (Me va á tener por un memo.)
CARMEN. (Él vendrá.) (Mirándole.)
LUIS. (Yendo hácia ella decidido.)
(Si ella lo quiere.)
BLAS. (Sacando la cabeza.)
Comandante, que te veo!
LUIS. (Quedándose parado.)
(Firme!)
CARMEN. (Por vida del hombre!...
Un instante más y venzo
y le veo de rodillas,
y me rio y le desprecio.)
LUIS. (Á Blas, que ha salido.)
Mil gracias. Que usted se alivie. (Á Cármen.
CARMEN. Pero...
LUIS. Me esperan adentro.
Ahí tiene usté á mi hermano.
Creo que con él no hay riesgo.

ESCENA X.

CÁRMEN y D. BLAS.

CARMEN. (De mal humor y con rapidez.)
Y es usted el hombre
tan bueno y tan franco,
que aquí me juraba
cortar el engaño
conque á Rosa todos
ayer embromaron?
BLAS. Y es usted, señora,
la moza de cántaro
que nunca con hombres
quiso echar un párrafo,
y á todos los mira
con rostro inhumano?
CARMEN. No he visto yo misma
aquí hace ya un rato
que Luis proseguía
su plan comenzado,
buscando de Rosa
amantes halagos?

BLAS. No he visto ahora mismo
que estaba usté echando
á Luis el anzuelo
con gracia y con garbo,
para que cayera
á sus piés postrado?

CARMEN. Quién cree en los hombres?

BLAS. Pues ya me hago cargo.

CARMEN. Si todos son unos.

BLAS. Muy falsos, muy falsos,
pero y las mujeres,
dónde las dejamos?

CARMEN. Hombre que aquí jura
que tiene el descaro
de decir á todos
lo bueno y lo malo;
que nunca ha mentido,
que le llaman záfio
porque lo que siente
publican sus labios,
y luégo una farsa
compone á su agrado
en que miente amores
con necio descaro,
ni es bueno, ni es noble,
ni grave, ni honrado,
ni recto, ni digno,
ni justo ni franco.

BLAS. Mujer que detesta
al género humano,
y quiere ser monja,
y piensa en el claustro,
y luégo al primero
que no la hace caso
pretende cazarle
con gracia y con garbo:
y al ver que á su hermana
quieren tres ó cuatro,
de rabia se muere
y quiere pegarlos,
ni á mí me convence,
ni piensa en el claustro,

ni es franca, ni buena,
ni vale dos cuartos.

CARMEN. Y usted se figura (*Acercándose á D. Blas.*)
que yo hubiera estado
soltera ni un dia
queriendo evitarlo?

BLAS. La habrá dicho amores
algun ente raro,
algun pollo *cursi*,
ó un cojo, ó un manco!

CARMEN. Dios me dé paciencia!
Está usté engañado,
me han querido muchos
muy ricos, muy guapos!

BLAS. Quererse es muy fácil,
casarse es el caso.

CARMEN. Porque no he querido.

BLAS. Porque no ha pegado.

CARMEN. Sabe usted, primito,
que me va gustando
el modo que tiene?

BLAS. Pues ya me hago cargo.

CARMEN. Quiere usté aquí mismo
ver cómo me caso?
(*Cada vez más incomodada.*)

BLAS. Yo seré el padrino.

CARMEN. No quiero espantajos.

BLAS. Tan feo me encuentra?

CARMEN. Tan feo y tan raro
que si no hubiera otro
me iba al otro barrio
con palma en la caja
y hocico de á palmo.

BLAS. Vamos, Carmencita,
que no soy tan raro.

CARMEN. Sería avaricia
pedir otro tanto.

BLAS. Conque á los millones
se los lleva el diablo?

CARMEN. Si usted no los pide...

BLAS. Jesús! ni pensarlo.
Con usted encima.

fueran muy pesados.
CARMEN. Como soy tan fea...
BLAS. El perfil no es malo,
pero el frente es cosa
de no soportarlo.
Conque hasta la vista
CARMEN. (Fuera de sí.)
Conque hasta otro rato.
BLAS. Escribir la boda!
CARMEN. Mandar en llegando!
(Yo estalllo!)
BLAS. (Yo trino!)
CARMEN. (Yo bufo!)
BLAS. (Yo rabio!)
(D. Blas se va por la derecha. Todo el final de esta escena debe decirse con gran rapidez.)

ESCENA XI.

CÁRMEN, poco despues DOÑA EDUVIGIS y ROSA, por la izquierda.

CARMEN. Quién me habia de decir
todo lo que está pasando!
Llamarme un hombre á mí fea!
Y es buen mozo; vamos, vamos,
si lo escucho y no lo creo!
EDUV. Conque se nos van los cuatro?
CARMEN. Vayan benditos de Dios!
EDUV. Y perderás esos cuartos?
CARMEN. Y qué quiere usted?
EDUV. Y luégo
te querrás casar al año
con álguien que valga ménos
y que sea un pelagatos!
CARMEN. Mas záfio que Blas y Luis
es difícil.
ROSA. (El villano
en cuanto oyó hablar de boda
dió media vuelta!)
EDUV. No alcanzo
en qué se funda tu empeño. (Á Cármen.)

CARMEN. Pero si no me hacen caso,
he de ir yo misma á decirles,
«quién me quiere?»
EDUV. Eso es lo malo
á eso los cuatro venían
y espantaste á los cuatro.
CARMEN. Y quién vence sin luchar?
EDUV. Ah! conque era eso? Acabáramos!..
CARMEN. No era eso; pero te juro
que es tan terrible mi estado,
que diera hoy por un amante
buen mozo, valiente y guapo,
los dos millones enteros.
EDUV. Tú! (Sorprendida.)
CARMEN. Yo... para que ese bárbaro
viera que á mí me sobraban
maridos.
EDUV. Tal te ha tratado?
CARMEN. Me ha llamado fea.
EDUV. En broma!
CARMEN. Sí, para bromas estamos.
EDUV. Elige á Luis.
CARMEN. Ese es memo.
ROSA. (Ay, no digo yo otro tanto!)
EDUV. En fin, pues tú lo has querido,
tienes que pasar el trago;
á bien que para ser monja
tienes ya lo necesario:
esta tendrá así más dote.
CARMEN. Pues no señora, me caso
con el primero que llegue
para poder publicarlo.
EDUV. Te ha picado la tarántula?
CARMEN. La ira.
EDUV. Dios me ha escuchado;
al cabo caiste.
CARMEN. Yo?
ROSA. Silencio!
EDUV. Aquí estan los cuatro.

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS.

D. Blas, D. Luis, D. Casto y D. José salen por la derecha llevando cada uno en la mano una maleta ó saco de noche. Salen en fila por el órden en que están nombrados, y se colocan en silencio frente al público. Eduvigis en medio de Cármen y Rosa, en el extremo izquierdo del proscenio. Pausa.

EDUV. Qué es esto? ya de viaje,
pues... y el poryecto del tio? (Silencio.)
CASTO. (Aquí se va á armar un lío.)
LUIS. (Habla.) (A D. Blas.)
BLAS. (Tenme el equipaje.)
(Le da á D. Luis el saco de noche y se adelanta.)
Como nuestra amada prima
no puede á los hombres ver,
y es fiera, que no mujer,
cuando á ella un hombre se arrima:
nosotros sin suficiencia
para evitarla un disgusto,
nos vamos con mucho gusto,
aunque se pierda la herencia.
Dios le dé la gloria al tio
y tengámosle en memoria:
aquí paz y despues gloria,
buenas noches y al avío.
EDUV. Pero si no entendí mal
hay alguno que á mi Rosa
pretendió hacerla su esposa.
LUIS. (Ten las maletas.) (Á D. Casto.)
(Adelantándose, á Doña Eduvigis.) No tal:
yo dije que era un pimpollo,
que era bella y seductora,
que su cara me enamora
y eso, señora, es el bollo;
pero ella me habló de union
como era muy justo y santo,
y el bollo me asustó tanto
que ahí tiene usté el coscorron.

EDUV. Pero esas frases sencillas
no son lo mismo, á mi ver,
que las de alguno que ayer
(Mirando á D. Casto.)
la juró amor de rodillas.
CASTO. (Ten'los sacos.)
(Á D. José, á quien da todas las maletas, adelantándose.)
Yo lo hacía
para que Cármen saltara.
CARMEN. Gracias.
EDUV. Y José?
JOSE. (Tirando las maletas en el suelo y adelantándose.)
Yo para
lo mismo, señora mia.
EDUV. Es decir que ustedes dos (Á D. Casto y D. José.)
á una farsa se prestaban...
CASTO. Ya ve usted.
EDUV. Y la engañaban?...
vayan benditos de Dios.
Pero usted... (Á D. Luis.)
ROSA. (Á Doña Eduvigis.) Deja al señor
ya que yo le tuve á raya,
que con su tropa se vaya,
que ya vendrá otro mejor.
LUIS. Mejor que yo? (Adelantándose.)
ROSA. Mas leal.
LUIS. Es que yo la quiero á usté.
ROSA. Pues hermano, no hay de qué;
ya ha llegado tarde y mal.
LUIS. Sí?
EDUV. Y usted?
CARMEN. (Á Doña Eduvigis.) Deja á don Blas,
que ese no sabe mentir,
y luégo nos va á decir
que tú pescándole estás.
BLAS. Nada de eso; yo, señora,
quiero verla armelita.
CARMEN. Me caso.
BLAS. Será bonita
a eleccion Y cuándo?
CARMEN. Ahora.

Con don Casto ó don José.
(Al oir esto D. Casto y D. José se adelantan.)

EDUV. Con cualquiera de los dos?

BLAS. Vengan los sacos y adios.
(Sin cogerlos todavía.)
Los quiere? (Á Cármen.)

CARMEN. Ni los querré:
mas me verá usted casada.

BLAS. Es que ellos no admitirán,
ó conmigo reñirán.

TODOS. Y por qué?

BLAS. Pues ahí es nada
He de consentir que sean
esposos de una mujer
que no los puede querer
y en ridículo se vean?
No, señor; si usted se esponja, (A Cármen.)
yo al matrimonio me opongo,
viva usté así... como un hongo
hasta que se meta monja.

CARMEN. Pues yo me quiero casar.

BLAS. Con algun otro, no digo,
pero con ellos... ¡conmigo
sería mas regular!
(Con una salida de tono.)

CARMEN, ROSA y DOÑA EDUVIGIS.
Qué?

LUIS. Cómo?

CASTO. Calla!

JOSE. Pues hombre!

CARMEN. Si soy fea.

LUIS. (Á D. Blas.) Criatura!

BLAS. Para meterla en cintura.

LUIS. Jesús! (Santiguándose.)

BLAS. Y qué hay que te asombre?

LUIS. Que ella no te puede ver.
(Pasa en seguida por detrás al lado de Rosa.)

BLAS. Y yo la miro rabiando:
ya nos estamos tratando
como marido y mujer.

ROSA. (Falso!) (Con rapidez á Luis.)

CARMEN. Si usted me aborrece. (Á D. Blas.)

BLAS. Y usté á mí.

CARMEN. Rabia le tengo,
por eso no le detengo.

LUIS. (Casaca?) (Á Rosa.)

ROSA. (Á D. Luis.) (Sigo en mis trece.)

LUIS. Ya tendrías que rabiar... (Á D. Blas.)
qué pareja! siempre á gritos.

BLAS. (De repente.)
Las maletas, hermanitos,
que aquí nos van á pescar.

(Coge cada uno precipitadamente su saco de noche, se le echa al hombro y se dirigen al foro; de repente se vuelven, tiran las maletas y bajan con rapidez dirigiéndose D. Blas á Cármen y D. Luis á Rosa.)

BLAS. Es usted una embustera.

LUIS. Sabe usted más que Merlin.

CARMEN. Para qué vuelve usté al fin?

BLAS. Yo, para que usté me quiera.

CARMEN. Pero le gusto á usted yo?

BLAS. La verdad, más de lo justo.

ROSA. Allí está el cura. (Á D. Luis.)

LUIS. Me asusto.
No hay mas remedio?

ROSA. Que no.

BLAS. Es usted dueña de hacer (Á Cármen.)
una que sea sonada,
puede usted quedar vengada
y aplastarme á su placer;
pero yo que nunca miento
aunque la vida me cueste,
la digo á usté que está este
(Señalando al corazon.)
que en la garganta le siento;
que sus ojos me dan grima,
y que al irme de su lado
creo que el cielo estrellado
se va á venir encima.
Conque basta de ficcion (Arrodillándose.)
indigna de un riojano,
aquí tiene usted mi mano,
calabazas ó perdon.

LUIS. (Á Doña Eduvigis.)
Señora, esta niña es mia:
de sangre no tengo gota,
aquí tiene usted en derrota
toda la caballería.
Jamás me pensé casar
y ménos asi. . de pronto;
pero se vuelve uno tonto
sin poderlo remediar.
Bendiga usted nuestra union,
húndame usted en el abismo
ó me la llevo ahora mismo
á mandar el escuadron.

CARMEN. (Á Doña Eduvigis.)
En fin, hay que transigir.

EDUV. Todos se casan, ya ves!

CARMEN. Que no haya riñas despues. (Á D. Blas.)

LUIS. Ya hemos caido!

BLAS. Á vivir!

JOSE. (Gastaria los millones
en moños! Sigo soltero.)

CASTO. (Con el matrimonio fiero
se hacen malas digestiones.)

CARMEN. Para que nadie se inquiete (Á D. Blas.)
es fuerza... (Señalando al público.)

BLAS. Y si se incomoda?

CARMEN. Pues que se ha acabado en boda,
como siempre, este juguete,
habla tú que eres tan claro.

BLAS. Ya verás.
(Adelantándose al público con decision y turbándose.)
Pues... la... ¡mujer! (Retrocediendo.)
Mejor lo puedes tú hacer...
¡Con ese no me descaro!

CARMEN. (Al público.)
El autor de este humilde juguete,
y yo cumplo en su nombre el encargo,
sólo quiso en honor de las fiestas
que pasarais alegres el rato.
Si algun dia logró en otras obras
ver brillar en los ojos el llanto,
hoy será muy feliz si consigue

ver lucir la sonrisa en los labios.
Implorar el perdon es bastante;
fuera mucho pedir un aplauso,
cuando sólo os ha dado esta noche...

JOSE. Oros!

CASTO. Copas!

LUIS. Espadas!

BLAS. Y bastos!

(El último verso puede tambien decirle Cármen ó á un tiempo los interesados y Cármen, ó el final entero el primer actor.)

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice
Madrid 11 *de Octubre de* 1866.

El censor interino,

LUIS FERNANDEZ-GUERRA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

Amor que empieza y amor que acaba..	1	Sres. Dalmau y Fernandez Caballero....	L. y M.
Chanteuse par amour..............	1	D. D. Henrion........	M.
De los toros........................	1	B. de Monfort......	M.
Don Ramon y Don Roman............	1	B. de Monfort... ..	M.
El domador de fieras................	1	J. Campo-Arana (*Mitad*).	L.
El impuesto de guerra...............	1	B. de Monfort......	M.
El güinero celoso...................	1	Manuel Fernandez...	L. y M.
El lucero del alba..................	1	Manuel Fernandez..	M.
Entre dos tios......................	1	Manuel Nieto.......	M.
Héloïse et Abelard.............. ..	1	Mr. H. Litolff...... ..	M.
Hércules y Alcides.........	1	D. B. de Monfort.......	M.
La casita blanca....................	1	B. de Monfort......	M.
La Chanson du primtemps...........	1	Mr. Robert Planquette..	M.
La jeunesse de Beranger............	1	Mr. Robert Planquette..	M.
La jota aragonesa..................	1	Sres. Navarro y Fernandez Caballero.....	L. y M.
La matancera.......................	1	D. Manuel Fernandez...	L. y M.
La pecadora, cancion................	1	Sres. Alvarez, Puente y Caballero........	L. y M.
La saint Nicolás............... ..	1	Mr. Robert Planquette..	M.
La venta del Enano..................	1	D. B. de Monfort... ..	M.
Le Chevalier Gaston.......	1	Mr. Robert Planquette..	M.
Les Rendez vous galants.............	1	Mr. Robert Planquette..	M.
Las hijas del tambor mayor..........	1	D. R. L. P. de Guzman.	L. y M.
Las guarachas.	1	Manuel Fernandez..	L. y M.
Los amantes de Rosita..............	1	B. de Monfort......	M.
Los negros catedráticos............	1	Manuel Fernandez...	L. y M.
Memnon..	1	Mr. Grisard...........	M.
Nos matamos........................	1	Sres. Navarro y Nieto...	L. y M.
Paille d'avoine.....................	1	Mr. Robert Planquette..	M.
Sonó la flauta......................	1	Sres. Cuartero y Taboada	L. y M.
Skating-Ring.	1	D. B. de Monfort......	M.
¡Tierra!.........	1	José Campo-Arana..	L.
Truenos y rayos.....................	1	B. de Monfort.....	M.
Espiridion en Vulcano...............	2	Rafael Taboada. *Mit.*	M.
L'amour et Son Carquois............	2	Mr. Ch. Lecocq.... ...	M.
La clave	2	D. Campo-Arana (*Mitad.*)	L.
Azulina............................	3	B. de Monfort......	M.
Corona contra corona...............	3	Calisto Navarro.....	M.
El reino de las sombras............	3	B. de Monfort......	L.
El Sr. de Juan Abad................	3	B. de Monfort......	M.
La Boite de Pandore..	3	Mr. H. Litolff.........	M.
La campane de Corneville...........	3	Mr. Robert Planquette..	M.
Les cloches de Corneville..........	3	Robert Planquette..	M.
Niniche...........	3	Boullard.	M.
Un teatro en el infierno.....	3	B. de Monfort......	M

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*. call de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de S Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, nu mero 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

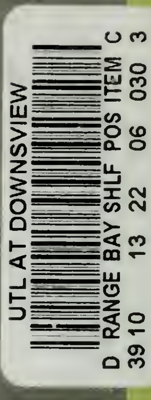
PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 9., Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*. —15 Rue Monsigny, Paris.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 13 22 06 030 3